

Memoria

Editar a Trotsky. Nota con un anexo.

Pepe Gutiérrez-Álvarez

Desde esta misma ventana hemos llamado la atención sobre las últimas reediciones que se han hecho de Trotsky. Al hacerlo de nuevo tenemos que valorar el esfuerzo de la Fundación Engels que no ha dejado reponer de manera militante sus títulos más reconocidos, en general ya realizaos por la casi mítica editorial Fontamara, y de la que se han copiado virtudes y defectos, por ejemplo, el de atribuir la traducción al castellano de **La revolución traicionada** (Fundación Engels, 2ª edición, Madrid, 2001) al propio Trotsky... Cuando se editó en Fontamara se tomó la mexicana de Clave, en la que se decía que el texto había sido corregido por Trotsky, y el colega responsable decidió que entre corregir y traducir no había mucha diferencia y puso traducción. Lo cierto es que Trotsky apenas sí llegó a hablar el castellano, y por lo tanto difícilmente podría corregir un texto más allá de una mirada muy genérica, y menos traducir. En realidad la traducción fue realizada por Juan Andrade para la Editorial Marxista del POUM, que no llegó a la imprenta porque la propuesta resultó coincidente con el secuestro de Nin, y toda la campaña contra el POUM, y la editorial fue acusada de “trotskista” durante el proceso, requisada y reconstruida para aun proyecto mucho más urgente: la edición del libro de Ignacio Iglesias sobre el proceso...

Pero aparte de esta actividad de la Engels cuya distribución sigue siendo puramente militante, ya se puede hablar de otras ediciones comenzando por la ya lejana antológica sobre el **Manifiesto por un arte revolucionario e independiente** (El Viejo Topo, Barcelona, 1999), y siguiendo por las reediciones de **Mi vida** (Debate, Madrid), y la muy cuidada de 29 Letras en un solo volumen de la **Historia de la revolución rusa** (Madrid, 2007) coincidiendo con el 90 aniversario de la revolución de Octubre. A este pequeño cuadro habría que añadirle la concentrada bogaría que le dedicó Antonio Liz, **Trotsky y su tiempo** (Sepha, Málaga, 2007), que además había conocido una edición anterior en lengua gallega. De momento se había llegado hasta aquí por más que en los tiempos que corren esta actividad tan clásica (y tan propia de los socialismos militantes), transcurren hoy especialmente por la red donde se puede encontrar casi todo y en odas las lenguas, y dentro del inmenso bosque trabaos específicos.

Sin embargo, el trabajo editorial más clásico prosigue, y ahora nos llega la antología de escritor de Trotsky que ha preparado Jaime Pastor para Libros de la Catarata al alimón de Viento Sur para la colección “Clásicos del pensamiento vivo”. Se título oportunamente León Trotsky. **Defensa de la revolución**, y se divide en una introducción (erudita y ajustada como no podía ser menos) de Jaime, una cronología, una selección de escritos y una bibliografía final. Se trata de una edición barata y breve que cumple perfectamente el objetivo de ofrecer una buena introducción del pensamiento Trotsky, de cómo hay que entenderlo, y no es por casualidad que comienza con la crítica que Trotsky realizó (en 1904) a los riesgos del sustituisimo político partiendo de un texto, **Informe de la delegación siberiana** que –por cierto- ahora se puede encontrar en castellano gracias a las Ediciones Espartaco Internacional, para concluir con unos extractos del muy circunstancial Programa de Transición escrito como propuesta para una alternativa de revolución socialista a la guerra mundial que venía, y que pasó sin la revolución como expresión de un cambio de expectativas que ya se había mostrado cuando la revolución española fue desmantelada en un proceso que comienza con el falso “armisticio” de mayo del 37 y acaba con la liquidación de las comunas de Aragón, dos momentos claves sobre los que Ken Loach ofreció una intensa mirada cinematográfica en **Tierra y Libertad**.

Aunque bajo otras formas se puede hablar de una recuperación de Trotsky, más lenta pero también bajo una mirada más crítica y madura, que la tuvo lugar en otro momento histórico de recomposición social como fueron los años sesenta-setenta, un tiempo en el que Trotsky comenzó a ser reeditado en el exilio por Ruedo Ibérico, lo que obligó a las

autoridades franquistas a ser más “abiertos” (de paso cercenaban la distribución ilegal), y a permitir ediciones legales como la que efectuó en 1970 ediciones Arel de Barcelona (en manos de Joan Raventós) de sus escritos sobre **Lenin**, una edición ciertamente memorable que contó con un texto de Breton traducido por Pere Gimferrer sobre el mismo libro, y de un sorprendente y elaborado prólogo de Jesús Pabón, un historiador reaccionario de lomo y lomo ya de vuelta que confesaba que siendo un joven estudiante se había sentido deslumbrado por Trotsky, un detalle que compartió con un cierto número de personajes que luego fueron ilustres reaccionarios...

Pero al margen de la procedencia, hay que reconocer que el texto era deslumbrante, y por eso lo hemos recuperado gracias al esfuerzo del inagotable camarada Elías Martín, un cristiano revolucionario que militó en el “felipe”, que tomó parte en la fundación de la LCR, luego de *Revolta Global*, y ahora de la Izquierda Anticapitalista. Una presentación que tuvo su impacto, y que ahora ofrecemos a los lectores y lectoras en la convicción de que vale la pena.

PRÓLOGO A LA VERSIÓN CASTELLANA

Por JESÚS PABÓN presidente de la Real Academia de la Historia
LA FIGURA DEL AUTOR Y EL MOMENTO DEL LIBRO

El estudioso de la historia de nuestro siglo XX difícilmente hallará una personalidad que supere a la de Trotski en estas cuatro realidades: la importancia histórica de determinadas actividades públicas; la riqueza de su producción literaria, hablada o escrita; la amplitud y la trascendencia de los problemas que estudió y vivió; la tragedia del destino personal y familiar, consecuencia directa de su actuación pública.

Al frente del Comité Revolucionario del Soviet de Petrogrado, Trotski organizó la insurrección de Octubre de 1917 y produjo la victoria del comunismo en Rusia. El propio Stalin, en la *Pravda* del 6 de noviembre de 1918, reconoció: «Toda la labor de organización práctica para la insurrección fue conducida bajo la inmediata jefatura del presidente del Soviet de Petrogrado, camarada Trotski. Es posible afirmar con certeza que el rápido paso de la guarnición al lado del Soviet y la audaz ejecución de la tarea del Comité Militar Revolucionario, lo debe al Partido, principalmente y sobre todo, al camarada Trotski».

Trotski, comisario de Guerra, convirtió en definitiva la victoria comunista, venciendo en la contienda civil contra los ejércitos blancos y sus aliados extranjeros. Para ello creó el ejército rojo, uno de los cuatro pilares del régimen soviético. Del Trotski comisario de Guerra, dijo Lenin a Máximo Gorki, que lo testimonia: «¡Pues bien, cítenme ustedes a un hombre que sea capaz, en el plazo de un año, de forjar un ejército casi modelo y que, además, haya conseguido conquistarse el respeto de los especialistas militares! ¡Pues nosotros lo tenemos! ¡Nosotros lo tenemos todo! ¡Y hemos de hacer maravillas!»

Consideremos, por un momento, su obra de orador y de escritor Lunacharski, primer comisario soviético de Instrucción Pública, escribió, en 1923, que Trotski era «el primer orador de su tiempo». Bernard Shaw le llamó «el rey de los polemistas». La publicación en la URSS de sus obras —en tanto conocemos el caso— fue interrumpida, en 1927, cuando su expulsión del Partido, y había ya alcanzado —según creemos saber, insisto— el volumen XXI.

Después, en el destierro, publicó las grandes obras históricas, como *Mi vida*

(Berlín y Londres, 1930) y la *Historia de la Revolución rusa* (Londres, 1932-1933) y los extensos estudios políticos y críticos, como *La revolución permanente* (Berlín, 1930) y *La revolución traicionada* (Londres, 1937).

Este Trotski, narrador de cuanto hizo y presenció, ha suscitado, en los profesores británicos A. L. Rowse e I. Deutscher, la comparación con otra figura, asombrosa también por su ingente obra de actor y de escritor: la de Winston S. Churchill.

Es más difícil de resumir la problemática política e histórica que Trotski estudió, debatió y trató de resolver en su aplicación práctica. Cabe una muy insuficiente enumeración en cuatro enunciados:

Primero: los problemas de la revolución en sí, como tal, en cuanto fenómeno político, social, histórico. Piénsese que su interpretación de la Revolución francesa produjo —como quizá tengamos ocasión de decir— actitudes suyas trascendentales para la suerte propia y la del régimen soviético.

Segundo: las cuestiones de la interpretación del marxismo. Y no sólo las suscitadas por el propio Engels a partir del Manifiesto Comunista, y las debatidas por las grandes corrientes ortodoxas y revisionistas, sino las promovidas dentro de la socialdemocracia rusa, en la emigración y en el poder.

Tercero: los problemas del imperio ruso en formación —de «todas las Rusias»—, problemas que el zarismo se esforzaba en resolver y que el bolchevismo heredaría insoslayablemente.

Cuarto: las cuestiones de la aplicación práctica del marxismo. Era la primera vez que se realizaba tamaña experiencia, y esto hubiera bastado para la inmensa dificultad del empeño. Pero, además, se intentaba en Rusia, a la que Marx y Engels —según el testimonio del segundo— consideraron, en principio, como la más inasequible a ese empeño, como «la gran reserva antisocialista» del mundo. Trotski volvió, lúcida y brevemente, sobre el caso, en el prefacio a la edición norteamericana de *La revolución permanente*. Discurriendo como marxista, observaba que la Revolución de Octubre heredaba de la vieja Rusia, aparte las contradicciones internas del capitalismo, «contradicciones no menos profundas entre el capitalismo en Su conjunto y las formas precapitalistas de la producción». Tales contradicciones —advertía Trotski— «se hallaban contenidas en las relaciones materiales entre la ciudad y el campo». Se heredaba y replanteaba la vieja cuestión que había enfrentado, bajo el zarismo, a eslavófilos y occidentalistas, y que sería uno de los motivos de la pugna entre la derecha y la izquierda del bolchevismo triunfante. Además, era preciso proveer a lo no resuelto por Marx: era indudable la necesidad de la colectivización de la economía rural, pero —observaba Trotski, en agosto de 1930— no se habían determinado ni el cómo ni el ritmo en que la dictadura del proletariado debía proceder a ella. La aplicación del marxismo a Rusia abarcaba todas las cuestiones de la instauración del régimen soviético: el Partido, el ejército, la industrialización y la colectivización de la agricultura, la ciudad y el campo, las nacionalidades que formaron el imperio, el sistema de la seguridad pública, etc.

La tragedia familiar de Trotski no nos parece griega, sino bíblica. Advertido el juego soviético, no nos extraña, en principio, que el vencedor de Octubre acabase en el destierro. Nos explicamos también, y por la misma razón, que sus colaboradores y sus seguidores pudiesen al cabo en la contienda, como participantes en ella, esto es, como actores en un combate cuya ferocidad admitieron y practicaron. Aun así, nos estremece la manera con que la política de Trotski alcanzó a los de su sangre.

León Davidovich Bronstein, cuando todavía no era Trotski, casó, por primera vez, en 1900 probablemente, con Alexandra Sokolovskaya, una mujer que le superaba en años. De este matrimonio tuvo dos hijas: Zina (Zenaida) y Nina (Alexandra). Ambas se casaron y tuvieron, cada una, dos hijos.

Trotski casó, por segunda vez, con Natalia Sedova. Tuvo de ella dos hijos varones: Liova y Serguei.

La primera en morir fue Nina, la hija segunda. Desterrado su padre, deportado su marido (Man Nevelson) como trotskista, enferma de tisis, en una miseria que le impedía atender a sus hijos, falleció el 9 de junio de 1928, cuando había cumplido los veintiséis años. Entonces comenzaron los autorreproches íntimos o las inquietudes morales de Trotski.

Zina, la hija mayor, perdió el equilibrio del ánimo. Su marido, Platón Volkov, fue deportado también como trotskista. Se había agotado en la lucha con la enfermedad de su hermana. Consiguió salir de la URSS con uno de sus hijos, pero hubo de dejar otro en Leningrado al cuidado de su abuela. La estancia en Prinkipo, junto al padre que adoraba, resultó imposible por varias razones, entre ellas la relación con Natalia Sedova, la madrastra. Marchó a Berlín para someterse a tratamiento en su creciente desequilibrio. El aislamiento, la marea nazi, una orden de expulsión, acabaron con sus fuerzas. Se suicidó el 5 de enero de 1933. Una carta acusadora de la madre —la Alexandra superviviente— motivó el encierro de Trotski en una habitación, de la cual salió, tras varios días, envejecido y encanecido.

Liova, el varón mayor, era político, consagrado al servicio y a la admiración de su padre. El alejamiento de sus padres, las dificultades en el matrimonio, el trabajo y la pobreza le hicieron vivir, en París y a lo largo de 1937, desgraciado y enfermo. Un ataque de apendicitis motivó su ingreso, con una falsa documentación francesa, en una clínica de emigrados rusos: allí donde era más difícil la ocultación de la personalidad verdadera. La operación, felizmente en principio, se realizó el 8 de febrero de 1938. Días después, de manera súbita e inexplicable para quienes le asistían, se agravó. Murió el 16 de febrero de 1938, a los treinta y dos años. Se discutió si había sido envenenado o si sufrió una oclusión intestinal postoperatoria. Nunca se aclaró el caso. Se supo, en cambio, con certeza, que el amigo que le llevó a la clínica rusa, el único que le visitó porque merecía toda su confianza, fue Mark Zborovski, «Étienne» entre los emigrados. Se supo luego —sin lugar a dudas— que «Étienne» era un agente del servicio secreto soviético.

Serguei fue el hijo apolítico. Había evitado siempre y cuidadosamente la menor implicación en las actividades públicas de su padre. Se escribía con su madre —Natalia Sedova—, a la que daba cuenta del progreso en los estudios. En una carta dijo vagamente que su situación era grave. Después desapareció de Moscú. El dinero que sus padres enviaban desde México a su mujer, les era devuelto. En enero de 1937, supieron que había estado encerrado en la Butirka, luego deportado a Vorkuta, vuelto después a Moscú: en todo caso, acusado de intentar un envenenamiento masivo de obreros en una fábrica soviética. Alguna noticia dudosa tuvieron después; el silencio se hizo luego absoluto; no supieron cuándo ni cómo murió.

Las apelaciones públicas de Natalia Sedova no hallaron eco. Tampoco se cumplió la esperanza de Trotski: «Quizá mi muerte pueda salvar a Serguei...» Murió por ser hijo suyo, y nada más. De ahí partieron las reflexiones de Trotski sobre el asesinato del zarevich Alexis, asesinado por ser hijo de Nicolás II.

También su propio fin, en Coyoacán y en agosto de 1940, fue trágico. Le mató un sujeto que había suscitado su desconfianza en el brevísimo trato anterior al crimen. Tenía una documentación belga, como Jacques Mornard, y otra canadiense, a nombre de Frank Jacson: en realidad, era español y se llamaba —adelantado al parecer el apellido materno— Ramón Mercader. Se había acercado a él como amante de una colaboradora joven del viejo revolucionario: la fiel trotskista Silvia Agelov.

Se ha escrito lo que antecede, en una «toma de medidas»: la talla histórica de la figura; el volumen de la producción literaria; la cantidad y la calidad de las cuestiones que estudió y vivió; la tragedia humana en que desembocó su vida.

Esa toma de medidas pretende siempre ampararse en lo incuestionable. Pero quien, por obligación y durante largo tiempo, se esforzó en el conocimiento de Trotski, sabe muy bien que todo lo que dijo y todo lo que hizo, resultó discutible o, al menos, fue discutido; y ese estudioso avanzó en una perpetua polémica en la que no

hubo cosa incuestionable.

El prologuista de la versión de una obra de Trotski viene obligado a un primero y penosísimo esfuerzo; el de eliminar tantas cuestiones debatidas que constantemente le salen al paso. Debe proceder, sin pretensión alguna —con toda modestia—, a una sola tarea: la de fijar la situación o el tiempo de la vida de Trotski en que se produce la obra y a la vez la explica. El buen conocedor de la historia de la Rusia soviética no necesita de tal prólogo. Al menos enterado, puede serle de utilidad.

Estamos ante el pequeño *Lenin* de Trotski. (Del *Lenin* grande sólo publicó un primer volumen en versión francesa: *Vie de Lenine, Jeunesse*. París, 1936.)

El pequeño *Lenin* —exactamente, *Sobre Lenin*— contiene escritos entonces inéditos y otros ya conocidos que se incorporaron a aquéllos. Se publicó en Moscú, en 1924. La versión francesa —primera que logró, según creo— apareció en la primavera de 1925.

El tiempo en que se escribe, reúne y publica el pequeño *Lenin*, ofrece un indudable interés y no es extraño que cuente con algún notable estudio monográfico.

En primer lugar, por lo excepcional de la fase a que corresponde en la vida de Trotski. Trotski fue un luchador nato. Comenzó de niño cuando fue expulsado de una institución escolar, porque organizó o tomó parte en la rebeldía contra la nota injusta que un profesor adjudicó a un alumno. Él recuerda en su autobiografía lo que hizo: «defender con una energía excesiva a un compañero atropellado, que ni era amigo mío, ni me simpatizaba». Cosa normal en él: «En mi vida —dice en la misma obra— abundan ya, desde la infancia, los conflictos nacidos, como diría un jurista, de la protesta contra el derecho escarnecido». Comienza de niño y sigue hasta la hora de la muerte. En el despacho de Coyoacán, con la cabeza destrozada por el pico de alpinista, atacó al asesino, paralizado ante la insospechable reacción del hombre envejecido y herido de muerte.

Pero hay un paréntesis en ese combate: una fase en que no lucha, o lucha sin continuidad y sin brío, neutralizando el gesto combativo con vacilaciones, inhibiciones o conformidades. Esta fase fue designada por Trotski —y narrada por Edward Hallett Carr— con el nombre de «interregno». Porque se trata del tiempo que transcurre entre la enfermedad de Lenin y la consolidación del poder en manos de Stalin.

Trotski reprodujo la pregunta que tantas veces se le hizo en el destierro: «Pero ¿cómo dejó usted que se le fuese de las manos el poder?»

En general, consideró esa pregunta despectivamente por su simplismo: «Como si el perder el poder fuese algo así como perder el reloj o un carnet de notas».

Pero en una ocasión, recién desterrado, todavía en Constantinopla y en febrero de 1929, consideró la pregunta, en principio, seriamente: «Se pueden dar dos respuestas: describiendo el mecanismo de la lucha de los grupos dirigentes, o poniendo al desnudo el movimiento de las fuerzas sociales más profundas. Los dos métodos pueden justificarse. No se excluyen; se completan. Es natural que el lector quiera tener, ante todo, un cuadro de los hechos, que desee saber cómo, en realidad, se ha producido un cambio tan radical de dirección...»

Una y otra vez, Trotski escribió sobre el «interregno». Pero nunca trazó el cuadro completo y claro de los hechos. Como una excepción en su vastísima obra, queda confusamente su conducta —y los motivos sobre todo— en el momento decisivo. Tal es, consiguientemente, el punto más debatido por los estudiosos de la vida de Trotski en el régimen soviético.

DE LO OLVIDADO POR MUY SABIDO

Necesitamos recordar, brevemente, cosas diversas que todos sabemos y que hemos de tener ahora muy presentes.

La primera hace a las personalidades y a las relaciones de Lenin y Trotski.

Se encontraron, por primera vez, en Londres y en el otoño de 1902. Socialdemócratas y revolucionarios ambos, eran, por la mentalidad, tipos muy distintos. La distancia puede ser registrada en el encuentro de ambos con el

marxismo. El de Lenin fue una aceptación total: se le ha llamado —por Leonard Schapiro, entre otros— «una conversión», y no hay que reparar en el sentido religioso de la palabra, pues constituyó un descubrimiento de la verdad a la que consagró toda su vida. Trotski, en su autobiografía, escribió de ese primer contacto: «El marxismo... me repelía por su estrechez... El marxismo me repelía, precisamente, por ser un sistema tan cerrado».

También es útil, en la comparación, otra confesión de Trotski: «La naturaleza y los hombres no ocuparon nunca en mi espíritu un espacio tan grande como los libros y las ideas». La supremacía había de ser inversa en Lenin, a quien Trotski define, en el libro que nos ocupa, como «el mayor utilitarista que jamás produjo el laboratorio de la historia».

El contraste fue registrado por cuantos les conocieron, desde la escultora Sheridan, que hizo sus bustos, hasta Ioffe en la carta que trazó antes de suicidarse. La inteligencia, la cultura y la sensibilidad de Trotski brillaban deslumbradoras junto a las de Lenin. En el inmenso campo que corresponde a la voluntad, Lenin superaba a Trotski incuestionablemente, ajeno siempre a las exaltaciones —y a las depresiones— que León Davidovich podía padecer.

En los cuatro largos lustros de su relación, las situaciones acordes fueron tiempos menores y excepcionales. En 1902, se dio la primera identificación. «Con el año 1903 —escribe Trotski— empiezan las luchas intestinas dentro del Partido, ricas en duelos personales. Ni mis adversarios ni yo rehuimos nunca los golpes, y en la letra de imprenta han quedado las cicatrices.» Hoy lo sabemos bien: se convirtió en una lucha a muerte que desembocó en los procesos de Moscú. También por entonces —en torno al año 1903— se produjo la primera ruptura entre Lenin y Trotski, comienzo de una larga pugna que alcanzó la tensión máxima cuando la *Pravda* vienesa de Trotski se vio doblada por la *Pravda* clandestina de Lenin. Disintieron en el movimiento de 1905. Tras la Revolución de Febrero, Trotski llegó a Petrogrado en mayo de 1917. Entonces —ya en vísperas de Octubre— él y su pequeño grupo se incorporaron al Partido: la Vieja Guardia del bolchevismo le miraría siempre como nuevo. Tras la Revolución y la guerra civil, ya desde diciembre de 1919, Trotski disintió del parecer de Lenin en todos los problemas que planteaba el paso de una economía de guerra a otra de paz: agricultura, industria, sindicatos...

Cabe afirmar que, más allá de las luchas y de las paces, se mantenía una mutua estimación. Nada nos extrañan las noticias que Trotski ha acarreado. Al día siguiente del levantamiento de Octubre, Lenin propuso que Trotski ocupase la Presidencia del Consejo; ante la protesta de éste, Vladímir Ilich insistió: «¿Y por qué no? ¿No estaba usted al frente del Soviet de Petrogrado que se ha adueñado del poder?» En aquel primer tiempo Lenin planteó a Trotski un temor que les igualaba en importancia: «¿Y qué pasará si los guardias blancos nos quitan de en medio a usted y a mí?» Cuando en una reunión del Consejo Lenin pasó a Trotski una esquila proponiéndole la supresión de la oficialidad profesional en el ejército, Trotski le contestó en el mismo papel: «¡Dejémonos de tonterías!» Sospechamos que, pese a la llaneza personal de Lenin, sólo en Trotski admitía, de buen grado, ese tono confianzudo y desenfadado.

Muy importante en el tema: pese a la diferencia —casi oposición— de los caracteres, las discusiones entre Lenin y Trotski nunca dan la impresión de responder a cuestiones personales; todas ellas parecen producidas en torno a temas importantes de la ideología o de la acción socialista y revolucionaria.

Importante también: entonces, dentro y fuera de la URSS —fuera, incuestionablemente— se emparejaron, como principales en la Revolución y el régimen soviéticos, los dos nombres, Lenin y Trotski.

Otra cosa. Más larga de historiar, muy fácil de resumir.

Las relaciones entre Trotski y Stalin estuvieron dominadas, desde muy pronto y dilatadamente, por el desprecio que el primero sentía hacia el segundo. Trotski dijo

solemnemente con ocasión de los procesos de Moscú: «Me queda por hablar de mi pretendido odio hacia Stalin. Se ha tratado mucho de ello... como uno de los móviles de mi política... Mi puesto de observación no me impidió identificar la estatura real del hombre... Me creo, pues, en el derecho de decir que nunca he colocado a Stalin lo bastante alto en mi fuero interno para poder odiarle».

No le odiaba, le despreciaba. Trotski ha recogido en sus obras las frases despectivas sobre Stalin que oyó a los viejos bolcheviques. De Krestinski: «Es un hombre malo, de ojos amarillos». De Bujarin: «La principal cualidad de Stalin es la pereza; la segunda, la envidia...» De Smirnov: «Es un hombre apagado e insignificante...» Trotski ha formulado el suyo, muchas veces, pero en una invariable dirección: «Stalin tenía que sentir, por fuerza y a cada paso, su insignificancia moral e intelectual...»

Ese desprecio contribuyó, en parte, a la actitud de inhibición o de pasividad que adoptó en 1923. Por otra parte, le impidió conocer a Stalin: ninguno, entre la Vieja Guardia, era más capaz que él para el ejercicio del poder despótico tal como lo entendió Montesquieu, ni para ser «el jefe que se esconde» que Dostoievski había profetizado.

Por otra parte y por la misma razón, sólo después, en el destierro, percibió Trotski el absurdo de la pregunta: ¿Cómo dejó usted que se le fuese de las manos el poder? La pregunta lógica era otra: ¿Cómo dejó usted el poder en las manos de Stalin? Porque cuando la crisis se inició, Stalin —según la grave observación de Schapiro— era el único bolchevique que estaba en los cuatro órganos de mando: el Comité Central, el Politburó, el Orgburó y el Secretariado.

Agregase otra observación. Stalin y Trotski se enfrentaron en torno a cuestiones muy importantes. He escrito en ocasión anterior que, a veces, reprodujeron la pugna francesa de jacobinos y girondinos. Stalin sostuvo la tesis jacobina de la revolución en un solo país y Trotski la tesis girondina de la universalidad de la revolución, que había de triunfar en todas partes o perecería en la nación donde había triunfado. Y no obstante, es difícil de rechazar la impresión de una incompatibilidad personal en la que el desprecio de Trotski acabó por desencadenar el odio de Stalin.

A otra cosa. Acabada la segunda Gran Guerra —por citar una situación histórica importante—, quien estudiaba la organización oficial del régimen soviético, se preguntaba por las fuerzas reales que jugaban dentro de aquél. Era frecuente la respuesta que creía en la existencia de cuatro: el Partido, el ejército, la tecnocracia industrial y la policía, cuya extensión y cuyo poder entendía difícilmente el hombre de Occidente.

Ahora bien, en 1920, una sola fuerza se proyectaba en el Gobierno de la URSS: el Partido. El Partido, con sus organismos permanentes y con sus asambleas periódicas, conferencias y congresos.

El equipo que subió al poder con la Revolución de Octubre era formidable. No hace aquí el examen de las razones que produjeron la autoridad indiscutida de Lenin, jefe del Gobierno y conductor del Partido, tanto en las tareas normales como en sus grandes reuniones. Acaso era posible una decisión en que no interviniese: no lo era contra su opinión manifiesta.

La autoridad de Lenin siguió funcionando plenamente en el X Congreso del Partido (8 a 16 de marzo de 1921). Estaba en plena forma y fue suya la iniciativa en todas las cuestiones importantes.

Poniendo fin al debate sostenido entre Lenin y Trotski, en el Partido y en el Gobierno, el Congreso dictó, respecto al campo, las primeras medidas de la que sería conocida como NEP.

Fue Lenin también quien tomó la iniciativa en los graves problemas del Partido y de los sindicatos, mediante dos propuestas: una sobre la unidad del Partido; otra sobre la desviación sindicalista y anarquista en el Partido también. Constituyeron una sorpresa en el último día del Congreso.

La primera propuesta exigía la inmediata disolución de los grupos con programa

separado, so pena de la inmediata expulsión del Partido. La última cláusula de la resolución, que permaneció secreta por lo pronto, otorgaba al Comité Central poderes disciplinarios, incluido el poder de expulsión del Partido, exigiendo un cierto número de votos cuando se tratase de miembros del propio Comité Central.

La segunda resolución condenaba a la llamada ¹ Oposición Obrera, en tanto pretendía ejercer funciones sindicales en la industria, funciones que el marxismo atribuía al «partido político de la clase obrera, es decir, al Partido Comunista».

En definitiva, cualquier oposición organizada, dentro del Partido —o en relación con él, claro está— quedaba suprimida y resultaba imposible.

Stalin —narró Trotski, por primera vez, recién desterrado, en febrero de 1929— fue elegido entonces secretario general del Partido. Nadie dio importancia a la elección: «en aquella época la función tenía un carácter más bien técnico que político». A Lenin no le satisfacía la candidatura, «pero cedió ante los otros miembros del Politburó, no muy contento, en verdad...» «Era evidente —dice en la autobiografía— que, bajo las órdenes de Lenin, el cargo de secretario general...no podía tener más que un carácter técnico, sin el menor relieve político».

Lenin cedió —no se opuso, aceptó— el nombramiento de Stalin. Trotski tampoco, aunque el nombramiento no le pareciese acertado. Seguramente no estaba conforme con las otras resoluciones del Congreso, pero en él se acató la voluntad de Lenin.

En realidad, al obedecer a Lenin, el X Congreso persistió en el mantenimiento de la autoridad reconocida por todos.

Trotski escribió en febrero de 1929: «La enfermedad de Lenin modificó inmediatamente la situación...»

La enfermedad de Lenin planteó el problema, cualquiera que fuese la tardanza de los dirigentes soviéticos en darse cuenta de la gravedad del caso.

Otra —y última cosa— de las varias a recordar: el curso de la enfermedad de Lenin.

Había quedado atrás el X Congreso del Partido (marzo de 1921). A fines de ese año 1921, comenzó a sentirse mal. Hubo de abandonar el trabajo continuo a que le obligaban el Politburó y la Presidencia del Consejo de Comisarios. Se retiró a un pueblecito cercano a Moscú, desde el cual siguió interesándose por todos los asuntos.

Su estado empeoró en marzo de 1922. El XI Congreso del Partido (27 de marzo a 2 de abril de 1922) extendió la noticia de su estado. Su presencia, constante en los precedentes, se redujo ahora a la aparición en un par de sesiones.

A comienzos de mayo de 1922, sufrió un primer ataque. Trotski lo supo un par de días después: estaba en cama a consecuencia de un accidente sufrido cuando pescaba en un lecho del río Moscova. Bujarin le dio la noticia: «Ilich está bastante mal: ha tenido un ataque y no puede andar ni hablar. Los médicos no saben qué hacer».

Pero la vigorosa naturaleza de Lenin reaccionó tras el ataque de mayo de 1922 y se recuperó con firmeza. En julio de 1922 estaba ya en pie y se interesaba por los asuntos. En octubre de 1922 —meses después del primer ataque —se reincorporó a las tareas del Gobierno y del Politburó.

Volvió a caer —segundo ataque— en marzo de 1923. Vivió aún unos diez meses, hasta enero de 1924.

La enfermedad de Lenin —desde diciembre de 1921 a enero de 1924— duró más de dos años. Abarcó por entero el de 1922 y el de 1923.

TIEMPO PRIMERO Y DECISIVO: EN TORNO AL XII CONGRESO

Se imagina fácilmente la situación del Lenin enfermo: su inmensa voluntad se ve trabada a veces por la dificultad de aplicarla en la plenitud del trabajo, a veces por la imposibilidad de exponerla oralmente y por la necesidad de una completa

quietud física. Cuando puede, dicta unas notas, que se publicarán en parte más tarde y que en su totalidad nunca serán conocidas.

Es indudable que este Lenin enfermo padece preocupaciones y disconformidades respecto a la actuación de sus colegas del Politburó y del Gobierno. Las tensiones se amplían y agravan en el curso de la enfermedad, especialmente a partir del segundo ataque. La actitud del Lenin desobedecido o desatendido se intensifica hasta alcanzar a veces la exasperación.

Resulta indudable también que Lenin, en su penosísimo estado, se aproxima a Trotski, busca su apoyo, fía en él. En el Partido, la oposición a Trotski como recién llegado por parte de los viejos bolcheviques, y el temor a sus grandes cualidades, produjeron la formación de un triunvirato —la primera y famosa *troika*— que unió en la ocasión a Stalin, Zinóviev y Kámenev.

Zinóviev y Kámenev eran judíos como Trotski. Kámenev había enlazado familiarmente con él, al casarse con su hermana. Trotski dirá de ellos con ocasión de los procesos de Moscú: «Zinóviev y Kámenev eran de temperamento profundamente diferente. Zinóviev era agitador y Kámenev propagandista. El primero se dejaba llevar principalmente por su olfato político. El segundo reflexionaba y analizaba. Aquél era propenso a desbocarse. Éste, por el contrario, pecaba de circunspección. Zinóviev estaba completamente absorbido por la política, sin gusto y sin interés por lo demás. Kámenev era, a la vez, un gozador y un esteta. Zinóviev era vengativo. Kámenev, benévolo». Se completaban, pues. Y ahora serían unos formidables colaboradores de Stalin, tan distinto de los dos.

¿Cuáles fueron las cuestiones que motivaron la preocupación del Lenin enfermo y su tensión con los colegas del Politburó y del Gobierno?

Trotski, en su autobiografía, trata de dos, confesadas a él por Lenin: el proceso contra los social-revolucionarios y la propaganda antirreligiosa. Biógrafos de Lenin e historiadores del Partido han señalado una tercera: la relación de la organización oficial rusa con los partidos comunistas extranjeros.

Pero no hay duda sobre los dos temas que dominaron, crecientemente, el ánimo del Lenin enfermo: el de las nacionalidades de la URSS, concretada en el caso de Georgia y el de la situación del Partido en relación con la labor de Stalin.

Durante la primera guerra mundial —y aun antes de ella Lenin había predicado la autodeterminación de las nacionalidades sometidas a Rusia: era, sin duda, una tesis eficaz para la subversión en el imperio de los zares; y cabía, a la vez, la esperanza de una reunificación por obra del comunismo. Después de Octubre, el problema resultó complejo. La idea de la «federación» consignada en la primera Constitución de la URSS (1918) no coincidía con la establecida por el Partido en el VIII Congreso (1919). El caso se planteaba en cada territorio anexionado por el ejército rojo. Desde 1919 se opusieron las actitudes de Lenin y de Stalin. A Lenin le inquietaba la inclinación al dominio de una nacionalidad por otra: «mal, al cual, los rusos son particularmente inclinados». Stalin, comisario de las Nacionalidades, imponía la dirección central sobre los territorios reconquistados, colocando sus agentes al frente de los partidos nacionales: Kaganovich, Molotov, Ordzonikidzé, Kirov...

El caso de Georgia fue el último en el tiempo y el más grave. Allá por 1904, las dos fuerzas socialdemócratas importantes en Rusia eran el *bund* judío y el partido georgiano. Georgia se había hecho República independiente tras la primera Gran Guerra; fue reconocida por los Aliados, y echó a andar tras unas elecciones que dieron la mayoría al partido socialdemócrata menchevique. La Federación de Repúblicas rusas soviéticas firmó con Georgia un tratado en que reconocía su independencia. Después, los bolcheviques georgianos —una minoría— prepararon un desorden que permitió la entrada del ejército rojo.

¿Qué hacer, entonces, con aquella República, socialdemócrata, no reconquistada en la guerra civil y reconocida por los Aliados? La pugna se entabló entre el Buró caucásico de Moscú —dependiente de Stalin— y el Comité Central del Partido Comunista georgiano. Lenin aconsejó vehementemente la moderación, pero tanto

Stalin como Ordzonikidzé —su agente en Georgia— ignoraron las directrices de Lenin. El plan de Stalin para la completa unión estaba listo a comienzos de diciembre de 1922 y fue impuesto y legalizado en sucesivas resoluciones.

Lenin, enfermo, ignorado y exasperado, dictó, a fines de diciembre, tres notas sobre la situación de Georgia. Atacaba rudamente a Stalin y a Ordzonikidzé por su «chauvinismo gran ruso»: los rusos asimilados —decía Lenin— fueron siempre, al respecto, peor que los mismos rusos. El aparato montado en Georgia era el mismo aparato imperial «untado con un poco de óleo santo soviético». Los derechos de las minorías quedaban en un papel mojado y las dejaba expuestas a todas las injusticias. La unión debía quedar reducida «a las esferas diplomática y militar».

La decisión de Lenin aumentó a partir de diciembre de 1922. El 6 de marzo de 1923 —en vísperas del XII Congreso— escribió al grupo georgiano de Koté Zinzadzé: «Soy de vuestra causa con toda mi alma. Estoy indignado con la grosería de Ordzonikidzé y la connivencia de Stalin... Os preparo una nota y un discurso».

A determinar su actitud de ahora con Stalin, se hubiese bastado el asunto georgiano, único en cuyo manejo público pensaba. Se le agregaron otros motivos.

En diciembre de 1921 —según vimos— había abandonado el trabajo continuo. Al reincorporarse a él, tras superar el primer ataque, en octubre de 1922, quedó asombrado ante el desarrollo burocrático de la Secretaría bajo el mando de Stalin, ante el poder que iba adquiriendo en el Partido y el modo con que ejercía ese poder. (Desde entonces se adueñó de su ánimo la preocupación que hizo constar en el que se llamó «testamento»: una nota redactada el 25 de diciembre de 1922, con un epílogo trazado el 4 de enero de 1923. No jugó en torno al XII Congreso porque permaneció en secreto por entonces.)

Agudizó la animadversión de Lenin por Stalin una fricción de éste con la Krupskaya, la mujer de Vladímir Ilich. En una carta del 23 de diciembre de 1922 dirigida a Kámenev, la Krupskaya expuso su queja. Ella había protegido al marido enfermo ante el empeño de Stalin por importunarle. Y Stalin le había hecho objeto de una «ruda explosión». Lenin sólo pudo intervenir el 5 de marzo de 1923 cuando escribió a Stalin censurándole su proceder, exigiéndole las debidas excusas y amenazándole con la ruptura de toda relación personal.

No hay duda. Ahora, para Trotsky —escribe Deutscher, su biógrafo— había llegado el «momento de moral satisfacción y de triunfo». Al cabo, los acontecimientos habían producido la decisión de Lenin contra Stalin y su plena confianza en Trotski.

Ambos, a comienzos de marzo de 1923, se hallaban enfermos y aislados en el Kremlin. Lenin, próximo al segundo golpe. Trotski, con un ataque de ciática. Se comunicaban utilizando a las dos secretarías de Lenin: la Fotieva y la Glasser. Lenin le remitió las notas sobre la cuestión de Georgia y en una carta dictada el 5 de marzo de 1923 le dijo: «Querría rogarle a usted muy encarecidamente que se encargase -de defender en el Comité Central del Partido la causa de Georgia... Si usted quisiese hacerse cargo de la defensa me quedaría tranquilo...»

Trotski no vaciló nunca al recordar la situación de «las vísperas». «Precisamente sobre esta cuestión (de Georgia) —escribió en enero de 1931— Lenin se preparaba para desencadenar una batalla implacable contra la fracción Stalin... en el XII Congreso del Partido.» «Toda su preocupación (la de Lenin), sistemática y tenazmente manifestada, era encauzar las cosas de tal modo que en el XII Congreso... pudiera asestar el golpe de muerte al burocratismo, al régimen de pandillaje, a la arbitrariedad y a la grosería en la persona de Stalin.»

Quizás, en el fondo, se tramitase la sucesión; y era de temer que Lenin no pudiese intervenir en el XII Congreso. Pero ya Lenin había hablado a Trotski de modo muy claro: «Es necesario que se le designe a usted para sustituirme.» «Dé usted mismo al traste con el aparato».

Trotski tampoco ha vacilado nunca al registrar sus posibilidades en aquella hora: «No me cabe la menor duda de que si en vísperas del XII Congreso del Partido, yo hubiera roto por mi cuenta el fuego contra el burocratismo

estaliniano...habría conseguido una victoria completa sin necesidad de que éste (Lenin) interviniese». E insiste: «en los años 1922 y 1923, aún era posible conquistar el puesto de mando dando abiertamente la batalla a la fracción, que empezaba a formarse rápidamente, de los funcionarios socialnacionalistas...y los epígonos del bolchevismo».

Si era posible en la víspera, lo sería también en el XII Congreso, cuando Lenin estaba enfermo y ausente. Con las notas de Lenin en su poder, en servicio de su voluntad siempre acatada, Trotski, el primer orador de su tiempo, el rey de los polemistas, con su prestigio intacto, hubiera arrastrado a la mayoría de los delegados en torno a la cuestión de Georgia y a favor de la radical mudanza en la conducción del Partido como deseaba Lenin.

Estando enfermo Lenin —víctima de un segundo ataque— correspondía a Trotski dar la batalla. Pero no la dio, ni en la víspera (marzo) ni en el XII Congreso (abril). Contra lo que cabía esperar del hombre y de la situación, renunció a luchar. Isaac Deutscher, que ha rendido a Trotski el tributo de admiración de una colosal biografía, ha escrito de su conducta en aquella ocasión: «No era esto lo que Lenin había esperado del proceder de Trotski cuando le había apremiado para que permaneciese diamantino, para que se dirigiese al Congreso con una completa rudeza y para que no permitiese remiendos en las diferencias».

Trotski ha sido bastante explícito al narrar los pasos de la víspera. Llamó a Kámenev y le tranquilizó: «Nada más lejos de mi ánimo que la intención de librar una batalla en el Congreso del Partido por ningún género de cambios de organización. Yo soy partidario del *statu quo*... Soy contrario a que se destituya a Stalin, a que se expulse a Ordzonikidzé...» Después le hizo las proposiciones que permitirían remediar los conflictos: enmiendas suyas a la propuesta de Stalin sobre las nacionalidades; carta de Stalin a la Krupskaya excusando su conducta grosera y cambio de esta conducta; renuncia a las intrigas y paso a una honrada colaboración... Stalin aceptó todas las condiciones: entonces —escribe Trotski— «procuraba hacerme la corte por todos los medios...»

Las notas de Lenin sobre la cuestión de Georgia perdieron fuerza. Trotski publicó en *Pravda* un artículo vago sobre la cuestión de las nacionalidades, el 20 de marzo. Sólo después —ya en abril— confesó que las tenía. Después las conoció el Politburó. Una opinión de la Fotieva —Lenin no había tenido tiempo para la revisión final— permitió no darlas a la imprenta y no repartirlas a los delegados del Congreso.

En cuanto al discurso político, que siempre había pronunciado Lenin, Trotski, contra el parecer de otros —Stalin, Kalinin, Rikov, Kámenev— entendió que debía suprimirse, se negó a pronunciarlo y el cometido fue confiado a Zinóviev. En vez del tema político, «accedí —recuerda Trotski— a exponer ante el Congreso la situación de la industria».

El XII Congreso del Partido se celebró en los días 17 a 25 de abril de 1923.

En su autobiografía, Trotski soslaya la narración de lo ocurrido haciendo muy varias consideraciones: sobre la moral y la política; sobre el peso de la autoridad personal; sobre las causas profundas de la situación producida. Inteligentes todas, convincentes unas y otras no, ajenas en conjunto a la explicación de su proceder.

En el XII Congreso, según costumbre, el presidente leyó los mensajes que las organizaciones del Partido, los sindicatos, los grupos de estudiantes y de trabajadores dirigían a las asambleas. Ahora todos ellos rendían homenaje a Lenin y a Trotski. Muy pocos mencionaban otros nombres. El de Stalin figuraba rarísimamente. Los mensajes situaron en primerísimo término al Trotski presente.

En el debate sobre las nacionalidades no rusas, Trotski guardó un absoluto silencio. Rakovski habló de Ucrania. Los delegados georgianos plantearon calurosamente el problema de Georgia. Stalin, contradiciendo su conducta, habló a favor de las nacionalidades. Bujarin, el benjamín de la Vieja Guardia, denunció la condena del chauvinismo gran ruso, hecha por Stalin, como un acto de hipocresía. El Congreso escuchó con frío silencio el ataque de Bujarin. Trotski no dijo una sola palabra. Stalin no creyó necesaria la respuesta.

Kámenev y Zinóviev —éste en un discurso exaltado—hablaron del Lenin ausente, en términos que preludiaban «el culto» que se le rendiría a partir de su muerte.

La *troika* predicó vehementemente la disciplina, la unidad y la unanimidad del Partido. Algunos miembros de la que fue Oposición Obrera, clamaron contra «la infalibilidad papal» que Zinóviev atribuía al Politburó. Kossior, un viejo bolchevique, criticó la conducta dominante de Stalin y del Secretariado. Pero Trotski permaneció, al parecer, desinteresado del tema y, desde luego, silencioso.

Habló el 20 de abril: pronunció un extenso discurso sobre política económica —según lo convenido con la *troika*— y trató, con gran competencia, de la planificación, muy por encima de lo que podía alcanzar la mayoría de sus oyentes.

La *troika* no atravesó riesgos ni sufrió quebrantos. Stalin afirmó, entre grandes aplausos: «Camaradas: puedo decir que, desde hace mucho tiempo, no he visto un Congreso tan unido, tan imbuido por una sola idea. Lamento que el camarada Lenin no esté aquí. Si estuviera, podría decir: "Durante veinticinco años he estado forjando un Partido y ahora, aquí está, completo, grande y fuerte"».

La ocasión pasó, y no se repetiría.

«A la vista de lo posteriormente ocurrido —escribe Deutscher—, el comportamiento de Trotski aparece como una increíble locura.» Pero ya entonces pudo apreciarse el error: «Perdió la oportunidad—sigue Deutscher— de confundir a los triunviro y de desacreditar a Stalin. Abandonó a sus aliados. Falló al actuar como portavoz de Lenin, con la resolución que éste había esperado de él. Falló en el apoyo, ante el Partido entero, de los georgianos y de los ucranianos, que había sostenido en el Politburó. Guardó silencio cuando el clamor por una democracia interior del partido surgió de la asamblea. Expuso ideas económicas, cuyo alcance histórico escapaba a sus oyentes, pero cuyos adversarios podían fácilmente utilizar para impresionar a obreros, campesinos y burócratas, mostrándoles el mal deseo de Trotski y (convenciéndoles) de que debían temblar ante el pensamiento de que fuese el sucesor de Lenin».

El silencio de Trotski en el XII Congreso —la ocasión perdida, la «increíble locura»— es el punto más oscuro y debatido de la vida de Trotski. Él y los historiadores del Partido han tratado de exponer las razones: varias razones, porque no hay una sola que lo explique por entero.

Él, en su autobiografía, ha hablado del temor a que se le considerase aspirante al «puesto de Lenin al frente del Partido y del Estado. Y yo no era capaz de pensar en esto sin sentir espanto». No convence. Lenin —según vimos— le había dicho: «Es necesario que se le designe a usted para sustituirme». Y también: «Dé usted mismo al traste con el aparato». Lenin, en el llamado «testamento», señaló, como defecto de Trotski, el exceso de confianza en sí mismo. Es difícil concebir cualquier clase de temor en el hombre que había hecho la Revolución de Octubre y la guerra civil. En principio, salvo la *troika* y sus seguidores, todos —él el primero— le atribuían el mejor derecho a la sucesión.

Schapiro ha subrayado otro motivo razonable: Trotski temía quebrantar la unidad del Partido, muy necesaria dada la situación de la industria. El motivo se enlaza con la explicación de Trotski —escrita en febrero de 1929—, aunque referida a un tiempo posterior al XII Congreso; procuró esquivar la lucha, que era de carácter personal y que podía tener consecuencias terribles; podía esforzarse, a cambio de enormes concesiones personales, en el trabajo colectivo, y podía pasar a la ofensiva en toda la línea «pese a la ausencia de razones políticas suficientes», y escogió el primer camino. La explicación se enlaza —en el mismo escrito de febrero de 1929— con la interpretación causal e histórica de la victoria de Stalin: triunfo o semitriunfo de las tendencias moderadas y conservadoras; un temidor soviético: «Temidor fue la primera etapa en el camino de la reacción».

Tampoco convence. Si la victoria de Stalin en el Partido era el temidor soviético, es decir, el fin de la revolución y el comienzo de la reacción, no había tales cuestiones personales, ni importaba la unidad, ni cabía elegir el camino pacífico de la

colaboración. Trotski debía luchar por la revolución, ni más ni menos que había hecho en Octubre.

Se han apuntado otros motivos, no suficientes, pero que jugaron, sin duda, en la actitud de Trotski.

Uno de ellos lo alegó Trotski invariablemente durante el destierro. En el año 1923 —aún después del segundo ataque de marzo— él estaba plenamente convencido de la recuperación de Lenin y de su vuelta al trabajo. Otros compartían esa opinión: ni la enfermedad ni el dictamen médico permitían esa seguridad; pero él la tenía, cualquiera que fuese la razón. (En su último libro —el *Stalin*—, la convicción se basa en una esperanza del doctor Guétier: «Vladimir Ilich puede levantarse otra vez. Tiene una constitución poderosa»). Era bien poco para descartar los temores de un hombre como Trotski. Pero sus deseos hicieron firme la esperanza de Guétier.) De ahí el considerar la situación de Stalin como pasajera. De ahí la confianza en una situación más favorable que la del XII Congreso: aquella en que el ataque fuese dado por Lenin, y no por un portavoz, aunque fuera el propio Trotsky. Entonces la victoria se obtendría sin lucha.

Otro motivo quedó ya apuntado y ha sido registrado con frecuencia. Deutscher ha escrito: «La verdad es que Trotski se abstuvo de atacar a Stalin, porque él se sentía seguro. Ningún contemporáneo, y él menos que ninguno, vio en el Stalin de 1923 la figura temible y altanera que iba a ser. Parecía a Trotski casi una broma pesada (una mala burla) que Stalin, aquel hombre testarudo y socarrón...pudiese ser su rival». Debía, a esas alturas, conocerlo mejor. Pero le despreciaba absolutamente, a él y a quienes se le unían: les llamaba «los del subterráneo», acaso sin advertir que «los del pantano» habían decidido el terribilísimo francés.

Trotski, al parecer, nunca rectificó en el fondo su juicio. En la última obra, habló del problema que quería resolver: «cómo un agitador provinciano llegó a dictador de un gran país».

Jugó probablemente otro factor: el estado físico del hombre. Trotski tenía una gran vitalidad y una salud flaca. Desde niño padecía súbitos y serios quebrantos. A partir de primeros de marzo de 1923, un ataque de ciática le retuvo durante semanas en el lecho. En abril, cuando el XII Congreso, era todavía un convaleciente.

Y aún cabe sospechar otro motivo. Los delegados georgianos y Bujarin pidieron una rectificación real en la conducta de Stalin respecto a las nacionalidades. Trotski se conformó con la declaración oral, en buena parte porque, al discurrir sobre el problema, se hallaba más cercano a las tesis de Stalin que a las de Lenin.

Si los motivos fueron éstos, la realidad se encargó de desmentirlos. Lenin no se recuperó. Persistieron los males de Trotski. Stalin resultó una persona importante; y con él, un georgiano gobernó a todas las Rusias.

SEGUNDO TIEMPO: LOS MESES TURBIOS

Llamamos turbios a los meses que transcurren desde el XII Congreso (abril de 1923) hasta que Trotski abandona Moscú (enero de 1924); abandono que coincide con la muerte de Lenin.

El silencio de Trotski —ya lo vimos— había permitido a Stalin cerrar el XII Congreso en la unanimidad. Era un cierre en falso. (Que la labor de Stalin y el curso de los sucesos permitiesen, al cabo, obtener todas las consecuencias, lógicas y reales, de aquella falsa unanimidad, es lo que nos hace considerar decisivo el XII Congreso.)

El Comité Central sabía muy bien que no hubo tal unanimidad: ahí estaban el problema de los salarios —que había planteado quien pertenecía a la Oposición Obrera—, el de la economía soviética —de que Trotski trató al hablar de la industria— y el del Partido —que Stalin dio por resuelto entre el Lenin enfermo y el Trotski silencioso.

El tema del Partido único no es para un prólogo. Ni su concepción o su pretensión esencial. Ni sus orígenes, aun ateniéndose a lo generalmente admitido. Ni su importancia y extensión en el siglo XX: URSS, Italia, México, Alemania, Turquía... Ni

su existencia actual en determinados países, donde se confiesa tal, o donde manda de hecho como fuerza pública y demoliberal, o como asociación secreta o semisecreta.

Nos basta con advertir que, en 1923, eran muchas las cuestiones del Partido Comunista no falladas en firme; que era explicable la no plena coincidencia sobre ellas de los jefes bolcheviques, pese a las tajantes resoluciones del X Congreso; que había radicales discrepancias entre los supuestos a que respondía el rectorado de la Secretaría por Stalin y las ideas de Trotski y otras personalidades importantes del régimen.

La unanimidad del XII Congreso resultó desmentida en los meses que le siguieron por manifestaciones y agitaciones de la Oposición.

Comenzó con un manifiesto de la Oposición Obrera, que ya no existía oficialmente. Circuló en los meses de abril y mayo de 1923. Estaba firmado por tres jefes de aquella Oposición que eran, además, viejos bolcheviques. Denunciaba la «nueva explotación del proletariado» e invitaba a la lucha por la democratización del Partido y del régimen.

Trotski había de ser consecuente con su actitud en el XII Congreso, y no parecía tener el menor deseo de mostrar en público sus discrepancias con la *troika* que gobernaba, de hecho, el Partido. Dzerzhinski, jefe de la GPU, fue encargado de la investigación sobre la Oposición Obrera y de su definitiva disolución. Dzerzhinski, en el curso de su tarea, pidió al Politburó una resolución que exigiese a todos los miembros del Partido la denuncia de cuantos actuaran contra la dirección oficial de aquél. El caso era muy grave: convertía a todos los miembros del Partido en agentes de la GPU, y anunciaba el futuro de ese Partido dominado por el aparato burocrático y por la policía.

No puede dudarse de que Trotski midió la importancia de la demanda. Contra lo que suele afirmarse, su reacción fue la mínima —la más evasiva en el enfoque y la más normal en el procedimiento— que cabe imaginar: una carta, fechada el 8 de octubre de 1923 y dirigida al Comité Central, en la cual, entre otros varios temas y respecto a la demanda de Dzerzhinski, decía: «Informar a la organización del Partido del hecho de que sus ramas están siendo utilizadas por elementos hostiles a él, es una obligación tan elemental de los miembros, que no puede ser necesario introducir una especial resolución al respecto, seis años después de la Revolución de Octubre».

La actitud menos combativa —nada combativa— de Trotski, tuvo nuevos motivos en el aislamiento político y en la debilidad física. Estaba solo en el Politburó: y éste se reunía en secreto sin la presencia de Trotski, y con su asistencia cuando todo había sido acordado previamente. A comienzos de octubre (1923) Trotski se enfermó en una cacería en los pantanos de Sabolotie; la gripe se prolongó en una fiebre persistente; hubo de guardar cama durante todo el resto del año. «Puede uno prever —escribió— las revoluciones y las guerras. En cambio, no es tan fácil prever las consecuencias que podían derivarse de una excursión de caza a los patos en el otoño.»

Las reuniones oficiales del Politburó se celebraron, desde entonces, en sus habitaciones del Kremlin. Natalia Sedova nos ha dejado una descripción patética de aquellas reuniones en que su marido argumentaba ante una resistencia fría e inerte, y quedaba con la fiebre bruscamente elevada y «empapado de sudor hasta los huesos». Se explica que el Trotski de estos meses estuviera dispuesto a la renuncia de todos sus cargos, empezando por el Comisariado de la Guerra, y que se ofreciese a marchar a Alemania en respuesta a la demanda de ayuda de los comunistas germanos.

Probablemente todo hubiera seguido así en el otoño de 1923, si desde mediados de octubre no hubiese operado el «escrito de los cuarenta y seis», manifiesto de la Oposición presentado al Comité Central y dirigido en realidad contra la *troika* que dominaba el Politburó.

Los firmantes eran comunistas de alto relieve: Piatakov, Preobrazhenski, Serebriakov, Smirnov, Murálov, Drobnis, etc. Se supo que algunos —como Rakovski y Krestinski—, en misiones fuera de la URSS, no habían podido firmar. La lista era impresionante.

El escrito afirmaba que el país iba a la ruina económica porque la mayoría del Politburó carecía de una política definida: no pedía un cambio en la dirección, pero protestaba contra el papel desempeñado por la jerarquía del Secretariado y contra la ausencia de discusión en los congresos y conferencias del Partido que habían dejado de ser representativos; pedía que la resolución (del X Congreso) que desterró los grupos dentro del Partido, fuese abolida o relajada, porque venía sirviendo a la dictadura de una fracción, y solicitaba una reunión de emergencia, esto es, una conferencia del Partido para revisar la situación.

Que algunos de los firmantes fuesen amigos de Trotski y que las ideas expuestas coincidiesen con las de León Davidovich, dio lugar, entonces y luego, a la convicción respecto a su iniciativa en el manifiesto «de los cuarenta y seis». La convicción no respondía a la realidad, según lo que hoy podemos saber.

La *troika* reaccionó con una habilidad no muy compleja. Para ella se trataba de ganar tiempo: tiempo que se venía aprovechando sin pausa en la colocación estratégica de los amigos de Stalin y de Zinóviev. De un lado, actuó en la necesaria reunión del Comité Central que censuró la carta de Trotski del 8 de octubre y el escrito de «los cuarenta y seis». De otro lado, se dispuso a proclamar una apertura que aceptaba formalmente los puntos de vista de la Oposición.

Con ocasión del sexto aniversario de la Revolución de Octubre, Zinóviev pronunció un solemne discurso anunciando la restauración o la instauración de la democracia en el Partido. Los periódicos —*Pravda* en primer término— abrieron sus páginas a la discusión. En Moscú, las células comunistas se agitaron: las de la industria, las del ejército, las de la juventud.

La *troika* hizo una excepción en la tolerancia aparente: destituyó a Antonov-Ovseienko, firmante y actuante, del puesto de comisario político, jefe del ejército rojo.

Al mismo tiempo, el Politburó elaboró una resolución que aspiraba a satisfacer las aspiraciones de la Oposición —de Trotski y de «los cuarenta y seis»— «sobre el papel», dice Souvarine. Aceptaba las conclusiones económicas a que Trotski había llegado en el XII Congreso: condenaba la desigualdad material de los comunistas; censuraba la burocratización del aparato del Partido; anunciaba a los comunistas la democratización, el derecho a la crítica, la libre elección de funcionarios y representantes. Tal era el «nuevo rumbo» solicitado por la Oposición.

El texto fue presentado a Trotski en su lecho de enfermo. Era un trance difícil: se le pedía la aprobación de sus propias tesis. Trotski propuso varias enmiendas que acentuaban todo lo relativo a la libertad interior del Partido e hizo reservas expresas respecto a la puntualización posterior de su pensamiento. Todo le fue aceptado. Y la resolución fue votada el 5 de diciembre de 1923, y publicada como acuerdo unánime del Politburó.

¿Qué produjo un cambio súbito en la actitud pública de Trotski? Había vuelto a escribir en *Pravda*. El primer artículo apareció el 4 de diciembre de 1923: *trazaba* un paralelo entre el ejército y el Partido, en torno a la tradición que mantenía en ambos la disciplina; las alusiones a la Vieja Guardia eran hechas en términos tan generales que no lograban una concreta significación. El artículo parecía obedecer a aquel deseo de evitar toda polémica pública que venía dictando la conducta de Trotski.

¿Por qué mudó inesperadamente de actitud y de tono? Deutscher cree que cuando «los cuarenta y seis» se dirigieron a las células del Partido en Moscú, afirmaron que contaban con el apoyo de Trotski; y que Stalin, al tener noticia de la afirmación, intentó cortar el paso diciendo que León Davidovich, lejos de figurar en la Oposición, era, entre los jefes, el más disciplinado. «Ésta fue, al parecer, la última pequeñez que quebró la paciencia de Trotski», dice Deutscher.

Trotsky decidió aclarar públicamente su posición: lo hizo en una carta abierta dirigida a las asambleas moscovitas del Partido. *Pravda* la publicó el 11 de diciembre de 1923; se reimprimió a comienzos del año siguiente como texto capital de los reunidos en el folleto *Novyi Kurs*.

El «nuevo rumbo» había de ser una crisis histórica y decisiva; pero existía el temor de que algunos jefes tuviesen segundas miras y trataran de anularlo en la práctica. El deber de todo el Partido era librarse de la tiranía de su propia máquina. El Partido necesitaba de la máquina, pero ésta debía ser su instrumento y no su dueño. La máquina trabajaría de modo centralizado, pero las necesidades del centralismo debían estar compensadas con las exigencias de la democracia: «durante este último período no ha habido tal balanza». El temor de que el burocratismo situase el Partido en un callejón sin salida, era general. El cambio anunciado habría de ser obra de todo el Partido, de sus 400.000 miembros; el argumento de que la masa del Partido no estaba madura para gobernarlo, olvidaba que la tutela burocrática era la que impedía su madurez. Temía el divorcio de la Vieja Guardia con la juventud; sin la constante colaboración con ésta, aquélla caería en una «degeneración burocrática»: tal había ocurrido a la vieja guardia de la Segunda Internacional. Más aún temía el divorcio entre el Partido y la clase trabajadora: sólo un 15 o un 16 por ciento de sus miembros eran trabajadores de las fábricas. Había que ampliar grandemente la participación de tales elementos. En definitiva, Trotsky oponía su idea del Partido que permitía la libertad de las varias tendencias del pensamiento dentro de él, en tanto eran compatibles con su programa, a la concepción del Partido monolítico que, a su juicio, la *troika* consideraba como esencial al bolchevismo. Trotsky clamaba contra la obediencia pasiva, el mecánico «allanamiento» por las autoridades, la supresión de la personalidad, el servilismo y el profesionalismo. «Un bolchevique no es solamente un hombre disciplinado: es un hombre que, en cada caso y en cada cuestión, se forja una propia y firme opinión, y la defiende valerosa e independientemente, no sólo contra sus enemigos, sino dentro de su propio Partido...»

Los historiadores serios que se han ocupado del «interregno», coinciden en la apreciación. Todo eso lo pensaba Trotsky, en abril, cuando el XII Congreso, y se lo calló. Lo decía ahora, pasados ocho meses largos. Era como una bomba de espoleta retardada, que estalla cuando han variado las posiciones combatientes.

Para unos fue la palabra esperada tras el largo silencio; para la mayoría fue una sorpresa desconcertante en razón de ese mismo silencio. En la polémica pública que suscitó el artículo, sostenida por sus adversarios a base de contraacusaciones personales y de la denuncia de sus contradicciones, él apenas podía tomar parte: le fallaban las fuerzas físicas y su ánimo se deprimía ante la calidad de la campaña. El pleito había de ser fallado en la próxima conferencia del Partido; pero el desarrollo firme e ininterrumpido del aparato —de la Secretaría— permitía muy pocas esperanzas respecto a los elegidos para tal asamblea.

En las semanas del cambio de año —1923 a 1924— y en parte, probablemente, a consecuencia de la campaña desencadenada por el *Novyi Kurs*, el estado de Trotsky empeoró. Un boletín, firmado por los médicos del Kremlin el 21 de diciembre de 1923, hablaba del catarro, de la bronquitis, de la fiebre persistente, de la pérdida de peso y de apetito, de la disminución en la capacidad de trabajo; prescribía el abandono inmediato de las obligaciones y aconsejaba la marcha de Moscú y «una cura climática al menos de dos meses». «Apremiados por los médicos —escribe Natalia Sedova—, tuvimos que trasladar a León Davidovich a una aldea. Estando en Arkangelskoie, Guétier (el médico amigo de Lenin y de Trotsky) me dijo, con cierta excitación, que debíamos trasladar a León Davidovich a Suchum.»

La XIII Conferencia del Partido se abrió en Moscú el 16 de enero de 1924.

La acusación contra Trotsky y contra «los cuarenta y seis» les consideraba culpables de «desviación pequeño-burguesa del marxismo». En una intervención de Stalin, esa desviación se puntualizaba en seis faltas, que esbozó ordenadamente.

Souvarine registra la ausencia de una prudencia elemental de la Oposición, que hubiera aconsejado la abstención, dada la composición de la asamblea. De resultas de la labor electoral del Secretariado, contaba con tres votos. Y los oradores que habían de tomar su defensa en ausencia de Trotski, carecían de él. No había nada que hacer.

Dos acuerdos, tomados a propuesta de Stalin, fueron importantes. Por el primero se resolvía hacer pública la cláusula secreta de la resolución famosa del X Congreso: la que establecía la expulsión del Partido aplicable a quienes realizasen actividades de grupo. Por el otro se prescribían «medidas decisivas» contra quienes hiciesen circular «documentos prohibidos». Nunca se supo si en esta segunda iniciativa de Stalin jugó la inquietud respecto a los papeles dictados por el Lenin enfermo y aún no publicados.

Souvarine —trotskista un tiempo— reconoce que, en la Conferencia, Stalin guardó sus miramientos hacia «el camarada Trotski, a quien yo, ciertamente, no pondré ni un solo minuto en el mismo plano que a los mencheviques». Y en su intervención final afirmó: «Hemos tomado todas las medidas para asegurar un trabajo amistoso con Trotski, si bien debo decir que este asunto está lejos de ser de los más fáciles».

Zinóviev había dicho públicamente en Petrogrado: «La autoridad del camarada Trotski está tan plenamente reconocida como su mérito. Entre nosotros, no es preciso decir más. Una falta queda como una falta».

El mismo Souvarine advierte que la XIII Conferencia, como cuanto entonces se hacía en el Partido, tuvo en cuenta la recuperación de Lenin y su posible vuelta al mando. En la última sesión, Kámenev aseguró que «Vladímir Ilich está mejor» y se refirió al «momento en que Lenin se reintegre a su puesto».

«Los revolucionarios —escribió Trotski— están hechos, en fin de cuentas, de la misma madera que los demás hombres.» El 18 de enero, sin esperar el fin de la XIII Conferencia, Trotski salió de Moscú hacia el Cáucaso, obedeciendo el consejo médico. Era un largo viaje en el tren que pasaría por Bakú, Tiflis y Batum.

TERCER TIEMPO: EL DE ESTE LIBRO (1924)

Trotski, enfermo, salió de Moscú —acabamos de decir— el 18 de enero de 1924. Padece —escribirá en el año 1940— «una infección tenaz y extraña, cuya naturaleza sigue siendo un misterio para mis médicos». Tres días después, en la estación de Tiflis, un telegrama de Stalin le alcanzó con la noticia de la muerte de Lenin. Aquella urgente comunicación era obligada respecto al miembro del Politburó y comisario de Guerra.

En el mensaje que redactó, a petición de los comunistas de Tiflis, el 22 de enero de 1924 —escrito que figura como último en este libro—, Trotski registró la impresión que la noticia produjo en su ánimo: «... Y Lenin ya no existe. Estas palabras caen sobre la conciencia como una gigantesca roca en el mar. ¿Es posible creerlo? ¿Se puede concebir y admitir?» Efectivamente, la muerte de Lenin constituyó una gran sorpresa para él y para todos, no muy fácil de explicar.

Trotski pensó en regresar a Moscú para asistir a los funerales. «Hice —escribe en su autobiografía— que me pusieran en comunicación directa con el Kremlin.» La respuesta que le dieron —dice en el *Stalin*— fue ésta: «El entierro tendrá lugar el sábado. Usted no podría volver a tiempo. El Politburó piensa que, dado el estado de su salud, debe continuar a Suchum. Stalin». Siguió el consejo. «Luego resultó —dice en la autobiografía— que el entierro no se celebró hasta el domingo, y que hubiera tenido tiempo de llegar a Moscú.»

Como era lógico, comunicó con Stalin, de quien había recibido la noticia. Stalin opinó que no llegaría a tiempo y le aconsejó que siguiese el viaje. Que Stalin no deseara su presencia es explicable. Si creía decirle verdad al señalarle una fecha muy próxima y luego aplazada por los grandes preparativos, o si por el contrario le engañaba, es cosa difícil de resolver. Tiempo hubo para todo: Lenin murió el 21 y los funerales se celebraron el 27.

Al juzgar la conducta de Trotski es preciso concederle varias realidades: estaba

enfermo y se hallaba deprimido por la noticia; pese a algún antecedente que luego recordó, no sintió desconfianza alguna respecto al consejo de Stalin, y tampoco imaginó la grandiosidad de los funerales y la extrañeza sin explicación de su ausencia.

Sólo unos días después, una carta de su hijo Liova le hizo reflexionar con pesadumbre. Liova, envuelto en un ligero abrigo, bajo una temperatura de cuarenta grados bajo cero, se incorporó a la multitud que desfiló por el Salón de las Columnas y siguió luego al féretro. Todos los miembros del Politburó le dieron guardia y participaron después destacadamente en la conducción: todos, menos su padre. Natalia Sedova recuerda: «En su carta, se leía, entre líneas, un amargo disgusto y un velado reproche».

«Llegamos completamente deshechos —sigue informando Natalia Sedova—. No conocíamos Suchum. Las mimosas —allí hay muchas— estaban floridas. Magníficas palmeras. Camelias. Era el mes de enero y en Moscú caían unas heladas espantosas. La gente del país nos recibió muy cordialmente. En el comedor del sanatorio de reposo pendían dos retratos: uno, orlado de crespón negro, de Vladímir Ilich. Otro, de León Davidovich.»

Trotsky pasó días y días tendido en el balcón, de cara a las palmeras y al mar. Estaba —lo dijimos ya— enfermo y deprimido: se hallaba sorprendido y perplejo ante la muerte de Lenin y la propia enfermedad. ¿Qué sería de la URSS, desaparecido Lenin? ¿Qué sería de él, ahora más quebrantado que nunca en su salud? Todo parecía dudoso en el presente y para el futuro.

Pensaba en Lenin, en su desaparición: «La constante sensación de la fiebre se mezclaba con el pensamiento de la muerte de Lenin, que no dejaba de atenazarme ni un instante». Una carta de la Krupskaya le centró en el recuerdo: Lenin, antes de morir, había leído y se había hecho releer unas páginas de Trotsky en que trazaba su paralelo con Marx; y ella le aseguraba que los sentimientos nacidos en el primer encuentro de Londres habían permanecido (en Lenin) «hasta la hora de su muerte». Trotsky sentía —ha escrito su gran biógrafo— «como si una parte triunfante de él mismo se hubiera ido con Lenin a la tumba». El recuerdo del pasado le proporcionaba una firme convicción: «...todo mi ser respiraba la certeza absoluta de que... el derecho histórico estaba de mi lado...»

En su base, la admiración de Trotsky por Lenin era sincera: había en el segundo una superioridad que Ioffe apuntaría en su última carta (noviembre de 1927): «aquella *inflexibilidad*, aquella *intransigencia* de Lenin: aquel carácter del hombre que está dispuesto a seguir por el camino que se ha trazado...aunque sea solo... Usted (Trotsky) ha tenido siempre razón políticamente... Pero usted ha renunciado con harta frecuencia a la razón que le asistía, para someterse a pactos y compromisos a los que daba demasiada importancia...» (Trotsky había de pensar al cabo, tras la carta del amigo decidido al suicidio, que Ioffe tenía razón, tan pronto pensase en el XII Congreso del Partido.)

Este libro —el pequeño *Lenin (Sobre Lenin)*— de Trotsky es excepcional en su producción: pertenece a la fase en que renuncia a luchar, pero es el único que la refleja adecuadamente. Se compone y publica después de *El nuevo rumbo (Novyi Kurs)* que, atento al presente, desencadena contra su autor la campaña con que finaliza el año 1923 y comienza el año 1924. Se compone y publica antes que el prólogo «Lecciones de Octubre» («Pokolenie Oktyabria»), en el cual, examinando el pasado en relación con el presente, desencadenará la segunda campaña a finales del mismo año.

Éste es un libro de paz. Cuanto escribe o reproduce está dedicado a la exaltación de Lenin. Es esto en lo que puede coincidir plenamente con los otros jefes bolcheviques, según las manifestaciones de la *troika* a lo largo de todo el año 1923. No aparecen sus fricciones con Lenin, ni las discrepancias de Lenin con los demás, ni sus desavenencias con los actuales dirigentes del Partido y del Estado.

Trotsky pone sumo cuidado en evitar la referencia a cuanto, del pasado, puede

suscitar la consideración del presente. En el prefacio, fechado el 21 de abril de 1924, Trotski advierte: «No es superfluo señalar que un cierto número de circunstancias han sido silenciadas, porque tocan con demasiada proximidad a las discusiones del día».

Nada puede indicar más claramente la actitud de Trotski ante la situación abierta por la muerte de Lenin. No quiere recordar siquiera lo que, en el pasado, constituye un antecedente de la situación actual.

El contenido del libro lo puede abarcar el lector a la vista del índice o en la enunciación del prefacio. Dos partes corresponden a los recuerdos de Trotski sobre Lenin. La tercera reúne artículos y discursos en que León Davidovich trató de caracterizar a Vladímir Ilich. No hay más.

Los recuerdos evocan los tiempos de su identificación con Lenin. Que fueron —ya se dijo— excepcionales. Y que en el libro resultan ser dos ocasiones históricas: la labor común en la *Iskra*, el periódico de los marxistas rusos emigrados a comienzos del siglo, y la tarea en torno a la Revolución de Octubre de 1917.

La labor de Trotski en la *Iskra* arranca de su llegada a Londres, en octubre de 1902, cuando conoce a Lenin. Los acontecimientos y las figuras que se mueven en la redacción del periódico están tratados, en el peor de los casos, con humor; es decir, incluso lo burlesco está doblado por la ternura.

Para el joven y brillante León Davidovich Bronstein, en la redacción forman los viejos y los nuevos de la socialdemocracia rusa emigrada. Los viejos son Plejanov, Axelrod y la Zasúlich. Los nuevos, Lenin, Martov y Potresov.

Para la comparación de Plejanov con Lenin, le sirve un juicio de Vera Zasúlich, que agradó al segundo: «George (Plejanov) es un galgo: sacude la pieza y acaba por dejarla; usted es un bulldog: no la suelta». Para la comparación con Martov —uno de los jóvenes, el más cercano compañero de Lenin en esta época—, le sirve la propia observación: «Se tuteaban aún, pero se notaba ya una cierta frialdad en sus relaciones. Martov vivía mucho más en el presente...trabajo corriente de publicista...últimas noticias... Lenin, dominando los hechos del día, penetraba profundamente, con el pensamiento, en el mañana...»

Trotski apunta la división de los colaboradores de *Iskra* en el II Congreso: *duros y blandos*. Pero no pasa de ahí, ni señalando su separación de Lenin, ni las luchas internas del Partido que —según vimos en su autobiografía— comenzaron en 1903 y fueron muy duras.

Lo que ahora le preocupa es que se conserve el recuerdo de aquella colaboración. «Plejanov ha muerto. (Vera) Zasúlich ha muerto. Martov ha muerto. Y Lenin ha muerto. Es dudoso que alguno de entre ellos haya dejado sus memorias.» De entre los que viven, sola la Krupskaya podría ofrecer un testimonio inapreciable. Trotski aporta, ahora y por primera vez, el suyo.

Más extenso es el tiempo de la coincidencia y el espacio que Trotski dedica a la segunda parte de sus recuerdos, «En torno a Octubre».

Biógrafos de Trotski e historiadores objetivos de la revolución, han coincidido en una observación: Trotski, una y otra vez, disminuye la importancia de su decisiva intervención en favor del papel desempeñado por Lenin.

Las mejores páginas están consagradas a los momentos de una íntima colaboración: la noche que precede a la victoria —mientras se celebra el II Congreso de los Soviets y se prosigue el sitio del Palacio de Invierno—, que Lenin y Trotski pasan en vela, sobre unos colchones, en una habitación del Instituto Smolny; los días en que trabajan en dos despachos alejados del mismo edificio, en constante comunicación, Tampoco falta la evocación al momento en que el atentado contra Lenin y el asesinato de Uritzki desencadenan el terror: «En esos días trágicos —escribe Trotski—, la revolución atravesaba una crisis interior. Se desembarazaba de su *bondad*... Cuando hacía falta, era de un rigor implacable».

Trotski adopta, al fin, un tono polémico y despectivo en relación con dos escritores que trazaron la semblanza de Lenin.

Primeramente, comenta y rechaza —en abril de 1924— un artículo de H. G. Wells, publicado en Londres y en 1920. Wells —según el juicio de Vladímir Ilich— era un burgués, un filisteo, que, para Trotski, no podía entender al gran revolucionario que era Lenin.

Más larga es su respuesta al retrato hecho por Máximo Gorki, el cual, pese a su pluma y a su amistad con el jefe bolchevique, mezcla lo verdadero y lo falso al escribir sobre Lenin. Gorki lo presenta como «el tipo del intelectual ruso». Esto le parece a Trotski una calumnia maligna, aunque hecha de buena fe. «El intelectual ruso típico —comenta Trotski— es espantosamente limitado; Lenin, en cambio, es precisamente el hombre que supera todos los límites, sobre todo, los de los intelectuales.» Trotski rechaza, una tras otra, la mayor parte de las apreciaciones de Gorki. Cuando éste desarrolla la complejidad dramática de Lenin e imagina sus luchas interiores, Trotski le ataja: «Pero todo eso es falso. Lenin estaba hecho de un solo bloque». (El comentario al retrato de Gorki está fechado en Kislovodsk y en septiembre de 1924, cuando Trotski hace una segunda cura de reposo en el Cáucaso.)

Trotski encuentra, al fin, al verdadero Lenin en un libro de escritos infantiles, dedicados a su vida y a su muerte.

Los discursos y los mensajes forman la tercera parte del libro.

El «Lenin herido» es un discurso pronunciado el 2 de septiembre de 1918 ante el Comité Ejecutivo Central panruso. En él, hay una vaga referencia a las discrepancias con Lenin: «A Vladímir Ilich le criticaron muchos —yo entre ellos— en repetidas ocasiones porque parecía no advertir muchas causas y circunstancias de orden secundario». Hay una afirmación terminante de la rectificación: «Los que, como yo, han podido observar, de cerca, en este período, el trabajo de Vladímir Ilich..., han experimentado necesariamente una admiración sin límites: yo diría, unos transportes de admiración...»

En dos textos —«Los cincuenta años» y «Lenin enfermo»— Trotski insistió en la comparación de los dos genios que tan grata fue al Vladímir Ilich enfermo. El lector advertirá que, aun en este forzado paralelo, Trotski procede con lucidez. Marx está, por entero, en sus escritos: *El Manifiesto Comunista*, la *Crítica de la Economía Política*, *El Capital*. Aunque no hubiese fundado la Primera Internacional, «siempre habría sido lo que es ahora». Por el contrario, Lenin está, todo él, en la acción revolucionaria: sus estudios no son más que una preparación para la acción; «aunque no hubiese publicado en el pasado ni un solo libro, siempre habría entrado en la historia tal y como ahora entra...»

El último escrito —ya hemos hablado de él— es el mensaje que escribió en la estación de Tiflis, el 22 de enero de 1924, al tener noticia de la muerte de Lenin. Es importante para nosotros en cuanto refleja el espíritu que va a guiar su actitud y su libro de enfermo: «Lenin no está, pero queda el leninismo... ¿Cómo seguiremos adelante? Con la antorcha del leninismo en la mano... En nuestro duelo, en nuestra aflicción y dolor, estrechemos nuestras filas y nuestros corazones, estrechémoslos todavía más para afrontar nuevos combates».

COMPOSICIÓN DE TIEMPO

Hemos de abarcar, sin pretensiones narrativas ni rigores cronológicos, el tiempo que nos queda del Trotski problemático: es decir, del Trotski que no desea luchar pero que, alguna vez, no logra dominar un impulso de luchador; esto es, un Trotski vacilante, desconcertante a veces.

Le hemos visto enfermo, trazando sus recuerdos de Lenin, en Suchum, en la primavera de 1924, meses de marzo y abril. Otro par de textos del libro están fechados en Kislovodsk, en septiembre de 1924, cuando Trotski —ya lo dijimos— reanudó su cura de reposo en el Cáucaso. Entre ambos se produce una estancia en Moscú.

Hemos de partir, pues, del primer momento: el del Trotski, aislado en Suchum,

que escribe en la primavera de 1924 sus recuerdos de Lenin.

Este Trotski problemático y desconcertante dura más de dos años: entre la primavera de 1924 y el verano de 1926. Entonces —es decir, en el verano de 1926—, organizada la Oposición Conjunta, es decir, la izquierda bolchevique, Trotski, en el Comité Central (julio de 1926), expone el programa de la nueva formación. Desde esa fecha (verano de 1926) Trotski capitanea la lucha de la izquierda contra los estalinistas y los bujarinistas. Vuelve a ser lo que fue antes del «interregno»: un combatiente formidable. Deutscher tiene razón al estimar que el Trotski que batalla, desde el verano de 1926 y durante dieciocho meses, mueve a admiración: «Como luchador, aparece para la posteridad en los años 1926-1927, no menor que en 1917: incluso más grande», porque es el Trotski que vive la contienda decisiva contra el poder de Stalin.

Pero el Trotski que ahora nos ocupa es el anterior a esa reacción decidida y decisiva, que mantendrá en la lucha contra Stalin como jefe de la Oposición, en el confinamiento de Alma-Ata, y en todos sus años de destierro.

El Trotski que nos queda por ver es el que motivó un juicio, excesivo pero expresivo, de Boris Souvarine —trotskista un tiempo, según afirmaba—: «Trotski, por así decirlo, entregó la dictadura a Stalin, por su imprevisión, su táctica expectante entrecortada por reacciones inconscientes, sus cálculos equivocados».

Para hacer clara la exposición, procuraremos una agrupación temática de los hechos, atentos —sin pretender el convencimiento ajeno ni la plenitud de las razones— a lo realmente interesante: las causas de la victoria de Stalin en tanto contribuye a ellas la conducta de Trotski.

La muerte de Lenin dio paso —durante la ausencia de Trotski— a varias decisiones importantes.

La Jefatura del Gobierno —Presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo— fue confiada a Alexis Rikov. Rikov era un viejo bolchevique, miembro del Buró Político y presidente del Consejo Supremo de Economía, que había representado a Lenin en el Gobierno durante un cierto tiempo de su enfermedad. (Moderado de carácter, formará luego en el ala derecha del Partido.)

La Presidencia del Consejo de Economía, que dejó vacante Rikov, fue ocupada por Félix Dzerzhinski, viejo bolchevique también, fundador y primer jefe de la Cheka, personalmente afecto a Stalin, y poco adecuada para el cargo en razón al carácter y a la preparación.

Una mudanza más significativa fue la introducida en el Comisariado de Guerra, donde Sklianski, segundo y amigo de Trotsky, fue sustituido por Frunze, partidario de Zinóviev. Una comisión del Comité Central viajó a Suchum para comunicar el caso previamente a Trotski: «querían —escribe León Davidovich— guardar aún las apariencias».

Por otra parte, en los meses de febrero a mayo de 1924, se inscribieron en el Partido 240.000 obreros. A esta oleada se le llamó «la leva de Lenin». Se dijo que constituía un homenaje del proletariado a Lenin y además un decisivo rejuvenecimiento del Partido. La operación respondía, en realidad, a las reiteradas denuncias de Trotski sobre el exclusivismo de la Vieja Guardia y el divorcio del Partido con el proletariado.

Pero vamos a un tema tan importante como conocido.

EL MITO Y LA FE

La mitificación del hombre muerto es, siempre, obra de un vivo. El fenómeno es históricamente muy conocido, y sus primeras consecuencias también.

La situación de los supervivientes que trataron al desaparecido como un hombre —tan grande como se quiera, pero hombre— ven súbitamente cambiada la significación de la propia vida pasada, y el sentido de su presente y las posibilidades de su porvenir quedan condicionadas por una realidad irreversible: las relaciones mantenidas con el ser desaparecido y convertido en mito.

Si el vivo que promueve la mitificación detenta el poder, el caso es mucho más

grave: porque a él le será posible intervenir en la reconstrucción del pasado y mixtificar o falsear la historia que determina el destino de los demás. La propia experiencia hizo que Trotski escribiese en su último libro —el *Stalin* inacabado—: «De los doce apóstoles de Cristo, sólo Judas demostró ser un traidor. Pero si hubiese conquistado el poder, habría presentado a los otros once como traidores, y también a los otros apóstoles menores, cuyo número, según Lucas, fue de setenta».

Cuando Trotski, tras la primera cura en el Cáucaso, y en la primavera de 1924, volvió a Moscú, Stalin había instaurado ya el culto de Lenin. Exteriormente —escribe Schapiro— se inició con «los hieráticos juramentos de lealtad a su memoria, el embalsamamiento de su cuerpo en un mausoleo de Moscú y el cambio del nombre de Petrogrado».

Efectivamente, antes ya de los funerales y en el II Congreso de los Soviets, Stalin había leído una especie de letanía que proclamaba la fidelidad a Lenin. Los párrafos comenzaban del mismo modo: «Al dejarnos, el camarada Lenin nos ordenó...» Todos los párrafos terminaban de la misma manera: «Nosotros te juramos, camarada Lenin, ejecutar con honor tu mandamiento».

Ningún hombre famoso fue, en vida, tan ajeno como Lenin a la promoción de ese culto póstumo: «No ha habido en la historia —escribe su biógrafo, David Shub— dictador menos vanidoso». Había juzgado la atención que le prestaban los periódicos como «una insistencia antimarxista acerca de un individuo, extremadamente dañosa, mala, innecesaria e inadmisible».

Ahora ya no podía hablar. Y la única voz que se alzó en público contra el naciente culto fue la de Krupskaya, su viuda: «No dejéis que vuestra tristeza en relación con Ilich se exprese en la veneración exterior de su personalidad. No levantéis monumentos o palacios en su nombre, no organicéis ceremonias pomposas en su memoria. Estando vivo, prestaba tan poco interés a todo eso, que le apesadumbraba. Recordad cuánta miseria y cuánto desorden hay aún en nuestro país...»

Trotski, en definitiva, y según confesó en libros posteriores, no pudo aprobar ese culto. Pero ahora guardó silencio: era un tema malo para él. El hombre que acababa de escribir la exaltación de Lenin y la profesión de leninismo que constituía su pequeño libro, no podía atajar el culto iniciado. Ese libro había de contribuir poderosamente a ese culto. En este caso —y en otros— él y Stalin coincidían en el mismo camino, y esa coincidencia hacía difícil la discrepancia de Trotski. Era también malo el tema para él, por otra razón: entraba en juego la relación de los supervivientes con Lenin. Discutir la actual exaltación hubiera parecido un desconocimiento —un olvido— de la identificación con el Lenin enfermo y se hubiera explicado por sus anteriores y largas discrepancias.

Este culto necesitaba de la ordenación de una doctrina, de un credo, de una fe, sin la cual carecería de una razón y de un sostén capitales.

Lenin tampoco se prestaba a una rigurosa ordenación de su pensamiento. Habían sido frecuentes en sus labios las referencias a los errores del pasado: «¡Cuánto nos equivocamos entonces!» Y también: «Entonces escribimos muchas estupideces...» Con su fe total en el marxismo, había discurrido y discutido la interpretación de innumerables textos y la aplicación práctica de muchos puntos capitales de la doctrina. Babel tenía razón en la dificultad del empeño cuando hablaba de «la curva misteriosa de la línea recta de Lenin».

Pero Stalin no vaciló. En el mes de abril de 1924 —cuando Trotski escribía aún sus recuerdos sobre Lenin— Stalin dio unas lecciones en la universidad Sverdlov de Moscú, publicadas con este título: *Fundamentos del leninismo*.

Las líneas maestras eran claras y coincidían con tesis expuestas por Lenin: unidad y disciplina en el Partido, función del Partido como conductor de las masas, necesidad de contar con el apoyo de los campesinos para la dictadura del proletariado, etc.

Lo grave estaba en que los «fundamentos» —según se ha dicho y repetido—

constituían el primer código de la ortodoxia: en que el leninismo era proclamado ideario legal y exclusivo del estado soviético y del comunismo mundial; en que todo el código acarreaba párrafos o frases de Lenin, en las cuales —advierte Souvarine— lo vivo, relativo, condicional y dialéctico se convierte en absoluto, afirmativo, imperativo y categórico; en que el estudio y la aceptación de todo ello —de toda interpretación del leninismo, hecha por Stalin— resultará obligada para quienes puedan verse en el riesgo de «la desviación».

En principio, era bien difícil que atajase la pretensión de formular la doctrina el Trotski que había escrito: «Lenin no está, pero queda el leninismo... ¿Cómo seguiremos adelante? Con la antorcha del leninismo en la mano...»

Que el culto de Lenin sirviese al mando de Stalin sólo podía ser ahora atajado por el propio Lenin, mejor dicho, por alguna de las notas que escribió durante su enfermedad y que guardaba en secreto la Krupskaya.

Una de esas notas —la que pasaría a la historia, desacertadamente, con el nombre de «testamento»— tenía dos partes: un texto, dictado el 25 de diciembre de 1922, y un apéndice, fechado el 4 de enero de 1923. (Debería yo, aquí, copiar la nota por entero. Tengo las versiones de ella en varios idiomas. Pero no dispongo del texto ruso y me es imposible hacer la comprobación de la fidelidad de alguna de las que poseo. El sentido del «testamento» es, por otra parte, indudable.)

Lenin, gravemente enfermo, piensa en los más capaces de continuar su obra o, al menos, en los que considera más destacadamente situados: todo ello ensombrecido por la inquietud respecto a una posible escisión del Partido. Son seis los nombres que maneja: Stalin, Trotski, Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Piatakov.

Stalin y Trotski aparecen en primer lugar. Stalin, como secretario general, ha concentrado un inmenso poder, y es dudoso que sepa utilizarlo siempre con acierto. Trotski es, sin duda, el más capacitado, el de mayores méritos, entre los miembros del Comité Central: tiene una excesiva confianza en sí mismo y demasiada inclinación al aspecto administrativo del trabajo. Las opuestas características de estos dos hombres podrían dar lugar a una escisión que, sin las medidas oportunas del Partido, surgiría inesperadamente.

De Zinóviev y Kámenev, Lenin decía que el episodio de Octubre —es decir, la oposición de ambos a la insurrección de 1917— no fue, desde luego, casual; pero, a la vez, negaba que pudiera seguir siendo esgrimido contra ellos.

Bujarin y Piatakov eran considerados los jóvenes más destacados del Comité Central. Bujarin era el teórico más valioso e importante y el favorito del Partido, pero difícilmente podía ser considerado como plenamente marxista por lo que había en él de escolástico y de resistente a la dialéctica. En Piatakov alababa la fuerza de voluntad y la habilidad; pero se hallaba limitado por «los métodos administrativos», limitación que impedía confiar en él al tratarse de alguna cuestión política seria.

El apéndice —es decir, las líneas dictadas el 4 de enero de 1923— encerraban «la bomba», a que había aludido, según Trotski, la Fotieva en conversaciones confidenciales con él, antes del XII Congreso.

Lenin comenzaba: «Stalin es demasiado rudo...» (*Grub*: rudo, tosco, brutal.) Ello era soportable entre los comunistas, pero resultaba imposible en la Secretaría. Por ello, Lenin proponía a sus camaradas que viesan la manera de sustituir a Stalin por alguien distinto de él: que fuese tolerante, leal, cortés, considerado, no caprichoso... Algunos podrían tomar la remoción como una pequeñez; pero era muy importante respecto a los temas ya apuntados de la posible escisión y de las relaciones entre Stalin y Trotski. No se trataba de una bagatela, a menos que una bagatela pudiese resultar trascendental.

La Krupskaya guardó la nota —no sólo ésa— desde enero de 1923 a mayo de 1924, y razonó su tardanza en la voluntad decidida de Lenin: la nota —según quiso su marido— debía ser sometida al primer congreso que se celebrase después de su muerte, y había llegado la ocasión, puesto que en la última semana del mes (mayo de 1924) se celebraría el XII Congreso del Partido.

La cosa, en principio, podía parecer tan sencilla como grave. En pleno culto de Lenin —«su palabra es sagrada», se decía una y otra vez— resultaba imposible que el Partido desatendiese su demanda respecto a la remoción de Stalin de la Secretaría. La bomba —de que habló la Fotieva— había estallado al fin. ¿Y qué ocurrió? Pues, en definitiva, no ocurrió nada.

Las dramáticas narraciones de la sesión del Comité Central, en que Kámenev dio a conocer la nota, no nos convencen. Sin duda hubo un momento de asombro en los reunidos y una primera situación muy penosa para Stalin. Pero fue superada por la decisión con que Zinóviev y Kámenev cubrieron a Stalin: el propio Lenin rectificaría su testamento si conociese ahora, como ellos conocían, la obra de Stalin en el Secretariado.

Contra la petición de la Krupskaya, una mayoría aplastante del Comité Central acordó que el testamento no fuera leído en el XII Congreso. El texto sería conocido solamente por determinados delegados escogidos, los cuales leerían a la vez unos comentarios que lo disminuían: envejecimiento y enfermedad del Lenin que lo dictó, no al corriente del curso de los sucesos, mal informado por quienes le rodeaban.

¿Y Trotski? Trotski guardó silencio. Se ha escrito, una y otra vez, que mostró su disgusto por el espectáculo con expresivos gestos del rostro y con encogimiento de hombros, que llegó al final de la sesión paralizado por la abominación de todo aquello. Nada de eso atenúa la realidad, ni explica lo ocurrido. Guardó silencio —y no apoyó a la Krupskaya— porque su actitud de renuncia a la lucha era todavía muy firme. Una anécdota que Trotski acarreó luego —en el *Stalin*— le priva de la explicación que le proporcionaría el engaño respecto al futuro inmediato. Radek, que estaba a su lado en la memorable sesión, le dijo: «Ahora ellos no osarán oponerse a usted». Y Trotski le contestó: «Al contrario: ahora lo llevarán todo a cabo, hacia el más amargo final, y, además, tan rápidamente como sea posible».

El XIII Congreso del Partido se celebró en Moscú del 23 al 31 de mayo de 1924. Volveremos sobre él, en torno a otro tema. La violencia con que Zinóviev atacó a Trotski fue interrumpida por una indignada protesta de la Krupskaya, que permitió la calma en la respuesta de León Davidovich. Pero «el testamento» de Lenin no fue leído, ni se hizo referencia alguna a él. Max Eastman, el trotskista norteamericano, asistió al Congreso, y ha contado que trató de convencer a Trotski de que adoptase una actitud militante basada en el «testamento» de Lenin, pero que Trotski no quiso escucharle.

En la reunión del Comité Central que siguió al XIII Congreso del Partido, Stalin ofreció su renuncia a la Secretaría General: Stalin escribió años después —sin que nadie le desmintiera— que todos los miembros del Comité rechazaron su ofrecimiento y entendieron —sin discrepancia alguna— que debía continuar en el puesto.

Sin la menor dificultad, los nombramientos hechos por el XIII Congreso recayeron en personas afectas —entonces— a Stalin. Kaganovich fue situado, de golpe, en el Comité Central, en el Secretariado y en el Orgburó. Sin la menor dificultad, Stalin se iba convirtiendo en la primera o superior persona de la *troika*.

El lector de las obras que Trotski escribió luego en el destierro, sabe el papel que juega, en ellas y en la inmensa hostilidad a Stalin, el «testamento» de Lenin; y entenderá difícilmente que, entonces, cuando fue conocido, no sirviera para nada.

Trotski nos coloca —otra vez— ante una gran sorpresa: rompiendo la línea que hemos observado, se defiende valientemente y produce un violento ataque a la *troika*.

Todos los reproches que se le han hecho por este gesto, son razonables: volvió a unir a la *troika*, que padecía ya fisuras internas; provocó imprudentemente a sus enemigos; rompió, cuando carecía de medios —luego de salud— para resistir al contraataque previsible. Todos los reproches son razonables, menos el que se basa en la falta de motivo. El discurso de Zinóviev en el XIII Congreso se basta para estimar el trato público que recibía. Pero, además, el culto de Lenin y el leninismo

lo centraba todo en la conducta pasada de los jefes bolcheviques; y Trotski, para defenderse, había de recurrir, también, al pasado.

En el séptimo aniversario de la Revolución de Octubre, Trotski coleccionó y publicó cuanto había producido respecto a ella, bajo el título *1917*. Puso a la obra un extenso prólogo: «Lecciones de Octubre».

Trotski daba su propia interpretación de la historia del Partido, que dividía en tres períodos: el segundo y más importante lo llenaba el decisivo año 1917. Un revolucionario —un bolchevique— no podía ser juzgado por lo que dijo o lo que hizo en las «maniobras sin relieve de la emigración política», sino por su conducta en el momento decisivo. Dos crisis hubo de vencer Lenin durante el año 1917: en abril, al luchar con los viejos bolcheviques que no aceptaban la inmersión del Partido en el torrente de la revolución socialista; y en las vísperas de Octubre, cuando venció las resistencias que se oponían a la insurrección. El recuerdo y la censura alcanzaban a Zinóviev, a Kámenev, a Rikov, a Kalinin y a cuantos se opusieron a la política de Lenin en 1917. En tal oposición, esos hombres de la Vieja Guardia rompieron con la doctrina y la tradición bolcheviques, y no podían hablar, ahora, en nombre de ambas. Y era claro que Trotski se había ajustado a ellas, identificado con Lenin en la insurrección de Octubre.

Las lecciones alcanzaban al reciente fracaso —1923— del comunismo en Alemania. La comparación servía, por una parte, para demostrar la importancia del liderazgo en la revolución; por otra, para exponer la estrategia y la táctica a desarrollar en la situación revolucionaria. Sólo los líderes eran capaces de aplicarlas. Rusia había ofrecido la prueba positiva, Alemania la negativa. Quienes, dentro del comunismo, se oponían a la revolución, pertenecían, para Trotski, a «la derecha». La misma mentalidad de la derecha, mostrada por viejos bolcheviques en Octubre, había causado la derrota alemana de 1923.

La respuesta de la *troika* y de sus aliados fue —se ha dicho y repetido— masiva. Todo —verdadero o falso— fue acarreado contra Trotski: su pasado «blando» o menchevique; sus malas relaciones con Lenin; una nueva y falseada narración de la Revolución de Octubre, en que la actuación de Trotski se borraba o difuminaba. Todas las plumas fueron movilizadas: las de quienes podían testimoniar o hacer historia del pasado, las de los libelistas, las de los escritores comunistas extranjeros. Un solo y grueso volumen reunió los escritos de dieciséis viejos bolcheviques: los de la *troika*, naturalmente, y Bujarin, Rikov, Sokolnikov, la Krupskaya, etc.

Era —recuerda Trotski— «una batida sistemática y completa, que ahora no había de darse contra la Oposición, sino contra mí personalmente». Zinóviev, más adelante, y ya a mal con Stalin, dirá de esta campaña: «Era la lucha por el poder. Todo el arte consistía en relacionar los antiguos desacuerdos (de Lenin y Trotski) con las cuestiones actuales».

Contra esa avalancha bien poco podía hacer Trotski. Cayó enfermo de nuevo y la fiebre consumía todas sus energías. Pero además no era fácil de hallar dónde defenderse: el único artículo que pudo escribir, se halló inédito, tras su muerte, en los papeles del archivo. En los amigos, bastaba la sorpresa —y era explicable el temor— para mantenerlos en silencio.

Porque Stalin ejercía ya el poder y Trotski, con su nuevo libro, aparecía, pública y radicalmente, en la Oposición. Lo que ocurrió es bien claro. La aceptación del mito de Lenin —perdónese la insistencia— sometía la suerte de los supervivientes a las relaciones mantenidas con Vladímir Ilich. Pero esa historia no sería ahora obra de la verdad, sino del poder.

Pensemos en un par de textos. Trotski podía hacerse con uno de los cinco ejemplares a máquina que Lenin ordenó hacer de su «testamento». En el texto constaban sus juicios sobre seis importantes personalidades del Partido —Trotski el más capacitado, el de mayores méritos— y su recomendación vehemente sobre la mudanza en la Secretaría, en la cual Stalin debía ser sustituido por alguien más leal,

más considerado. Pero ¿qué podía hacer con esa nota capitalísima? Ni siquiera había intentado que fuese leída en el XIII Congreso del Partido y su difusión, ahora, violaría un acuerdo del Comité Central: todos los mandos podían impedir la publicación si algún periódico la pretendía.

En cambio, la carta de Trotski a Tchaidsé, reflejo del peor momento en las relaciones de León Davidovich con Lenin, alcanzó una inmensa difusión.

Desde octubre de 1908, Trotski venía editando en Viena un periódico titulado *Pravda*, destinado a la circulación clandestina dentro de Rusia. La idea de Lenin —apoyada por Plejanov— de publicar dentro de Rusia un periódico que compitiese con *Pravda*, parece nacida en 1910. Al realizar su proyecto, en la primavera de 1912, puso al nuevo periódico el título del que deseaba combatir: *Pravda*. La reacción de Trotski fue airada. La expresó en una carta a Tchaidsé, donde —recuerda Trotski— «daba rienda suelta a mi indignación contra el centro bolchevista y contra el propio Lenin».

La carta paró en manos de la policía y quedó en los archivos que el bolchevismo heredó del zarismo. Ahora —año 1924— «los epígonos —dice Trotski— sacaron la carta de los archivos y se la metieron por los ojos al Partido». La fecha, no destacada, en nadie atenuaba la impresión. Estaba vivo el recuerdo de la muerte de Lenin y el culto había alcanzado la plenitud. Y ahí estaba una condenación de Lenin por Trotski, hecha con todo el vigor de su mocedad y de su pluma. La operación, para sus adversarios, no fue difícil: «se cuenta —dice Trotski— entre las grandes maniobras fraudulentas que registra la historia».

Hemos de registrar, brevemente, lo más importante, para el futuro, de esa campaña del otoño de 1924.

Trotski no es exacto cuando habla de una batida dada solamente contra él. El mito de Lenin servía al ataque contra Trotski, pero la fe en el leninismo permitiría algo mucho más grave: la formulación y la denuncia de la herejía de Trotski. Por lo pronto, esa herejía contenía tres graves errores.

El primero era el de la «revolución permanente» que Trotski había formulado en 1905, basándose en un texto de Marx escrito en 1850. Dado el desarrollo de las fuerzas productivas —resume Fierre Frank—, la burguesía rusa no podría asegurar el triunfo de la revolución: el proletariado debía tomar la dirección y ponerse al frente del campesinado, incapaz de una política independiente; la revolución triunfante instauraría la dictadura del proletariado. Esta dictadura realizaría todas las tareas democráticas y abordaría las de la revolución socialista. La Revolución rusa sería uno de los elementos de la revolución socialista mundial. «La revolución —concluye Frank— será así *permanente*, ininterrumpida, causante de trastornos constantes en todos los dominios (económico, social, cultural) hasta el establecimiento de la sociedad socialista.»

El segundo error se formuló en unas palabras, manejadas desde ahora y en toda ocasión, contra Trotski: el menosprecio del campesinado. Se trataba —ya lo dijimos— de la actualización de un viejo problema: el de la ciudad y el campo, que se reflejó en la pugna de occidentalistas y eslavófilos. Trotski en 1905 —lo acabamos de ver— afirmó que el proletariado debía guiar a los campesinos que, por naturaleza, eran burgueses. Lenin no admitió nunca la tesis de Trotski, y la NEP pareció contradecirla en la práctica, aunque estuviese determinada por urgencias económicas del momento. Los alegatos de Trotski a favor de la industria —especialmente de la industria pesada— permitían resucitar la vieja disputa y presentarle como opuesto, no sólo a la NEP, sino a la necesidad —expresamente formulada por Lenin— de obtener el apoyo del campesinado a toda costa.

El tercer error procedía lógicamente del primero. Era, en principio, el más difícil de acusar como tal, porque pertenecía a la tradición marxista y había sido aceptado por el propio Stalin en los *Fundamentos del leninismo*. En definitiva fue el extremo más agudo de la pugna, en tanto reproducía la que mantuvieron los girondinos y los jacobinos. Trotski resultó girondino en tanto entendió que el éxito definitivo del

comunismo en Rusia dependía de su victoria en otros países. Stalin fue jacobino desde que sostuvo la posibilidad de la revolución socialista en un solo país.

Como se ha señalado repetidamente, el enfrentamiento y la oposición irreductibles que la campaña iba forjando, se hallaba en el título mismo de las refutaciones que escribieron los de la *troika* a las «Lecciones de Octubre». La de Stalin se tituló: «Trotskismo o leninismo». La de Zinóviev: «Bolchevismo o trotskismo». La de Kámenev: «Leninismo o trotskismo».

«La *troika* —escribe Souvarine— planteaba la eterna antinomia del bien y del mal.» Al menos y por lo pronto, enfrentaba la verdad con el error, la ortodoxia con la herejía. Nunca ese planteamiento maniqueo hizo derramar tanta sangre como luego derramó en la URSS de Stalin.

El culto de Lenin y la fe en el leninismo dieron lugar a un planteamiento que Trotski no podía rechazar —nunca rechazó— y, a partir del cual, desde la Oposición, resultaba bien difícil su victoria.

EL PARTIDO Y LA DISCIPLINA

Paralelamente a la instauración del culto a Lenin y al establecimiento de la fe en el leninismo, Trotski vive otras dos grandes cuestiones: la de su situación en el ejército y la de sus posibilidades en el Partido.

El ejército rojo fue —ya lo dijimos— una creación de Trotski: aplicando una disciplina de hierro, lo formó en «Ja amalgama», es decir, fundiendo la oficialidad profesional zarista con las clases de tropa vertiginosamente ascendidas y con el voluntariado comunista, que pasaba a ser combatiente o constituía el Comisariado Político. La histórica fotografía de los tres mariscales del ejército rojo —nombrados luego por Stalin— ilustrará gráficamente la procedencia. Tujachevski, antes oficial del zar, es, evidentemente, un militar de carrera, un jefe en cualquier ejército europeo. Budienni, con sus bigotes y sus polainas, sigue pareciendo lo que fue: una brigada de Caballería. Voroschilov, el comunista estaliniano destinado al ejército, es un actor vestido de uniforme para el desempeño de un papel militar.

El Partido es una obra de Lenin: lo formó a lo largo de los años. En la misteriosa curva de su obra se percibe una línea recta que podemos advertir ahora para orientarnos: el Partido, para Lenin, es lo contrario de «la amalgama»; en el fondo, lucha siempre porque sea una fuerza unida —única— y homogénea.

Ya se aludió al gran tema del Partido. Quedó afirmada la imposibilidad de tratarlo en un prólogo. Se dirá de él alguna cosa —y nada más— que nos ayude a entender la suerte de Trotski. Se dirá con todas las salvedades, expresas o tácitas, que exige esa limitación.

En la gestación del Partido Bolchevique parecen jugar dos tesis: una, la enunciada como «dictadura del proletariado»; otra, la del Partido único obrero.

En el Manifiesto Comunista —como es bien sabido— se preveía la revolución obrera, cuyo primer paso sería «la constitución del proletariado en clase dominante»: porque «el poder político, hablando propiamente, es la fuerza organizada de una clase para la opresión de otra». Pero el proletariado, como clase dominante, destruiría «por la fuerza, las viejas relaciones de producción», pondría fin al antagonismo de clases, a las clases en general y, por tanto, a su propia dominación como clase. «En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos» (Edición de Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948). Así pues —todos conocemos la capital previsión—, la revolución socialista vivirá dos etapas: una, de clase, la del proletariado dominante; otra, sin clases, la de la sociedad comunista.

En 1875, y en la *Crítica del programa del partido obrero alemán*, Marx puntualizó: «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, se sitúa el período de transformación revolucionaria de la una en la otra. A este período corresponde igualmente una fase de transición política, en que el Estado no podría ser otra cosa que *la dictadura revolucionaria del proletariado*» (Ed. Maximilian Rubel).

La dictadura del proletariado fue proclamada tesis del Partido —de la socialdemocracia rusa— en el II Congreso (Bruselas-Londres, 1903). Y desde entonces —y antes, en los primeros tiempos de la *Iskra*— Lenin discurrió, escribió y discutió sobre ella, partiendo del pensamiento de Marx y desarrollándolo en una sucesiva y varia ideación.

En 1905 y 1906, había concluido que la democracia política sería, en Rusia, una dictadura: que esa dictadura debía o podía ser una «dictadura democrática y revolucionaria del proletariado y de los campesinos»; que esa dictadura había de usar de «poderes ilimitados basados en la violencia y no limitados por las leyes».

(Después de la Revolución de Octubre y respecto a la «dictadura del proletariado» se hicieron públicas las opuestas interpretaciones de la formulación de Marx por obra de Karl Kautsky y de Lenin.)

En cuanto al Partido único, para Trotski —es lo que más nos importa— fue oficialmente dictado por la Segunda Internacional en el Congreso de Amsterdam de 1904: «Para que la clase obrera pueda emplear toda su fuerza en la lucha contra el capitalismo, es preciso que, en cada país, exista, frente a los partidos burgueses, solamente *un* partido socialista, como sólo existe un proletariado...»

Por el Partido único y homogéneo, más atento a la disciplina que a la doctrina y más allá de las concesiones ocasionales, luchó Lenin en la serie de congresos de la socialdemocracia rusa. En el II Congreso (Bruselas-Londres > 1903) la actitud de Lenin fue una determinante de la división entre bolcheviques y mencheviques. En el III Congreso (Londres, 1905), el deseo de Lenin es el de romper con los mencheviques, frente a la mayoría de los delegados, partidarios de la reunión de las dos fracciones. Si en el IV Congreso (Estocolmo, 1906) se produce la unificación y se concede una cierta autonomía al *bund* judío y a las organizaciones polaca y letona, es porque Lenin se encuentra en minoría y ha de poner al mal tiempo buena cara. Pero después de esa unión oficial, los ataques a los mencheviques son tales por parte de Lenin, que el Comité Central le hace comparecer ante un tribunal de honor del Partido. El V Congreso (Londres, 1907) sirve para mostrar las divisiones del Partido: bolcheviques, mencheviques, partidarios de la unión de las fracciones y gente que se mueve por encima de ellas. Tales asambleas resultan imposibles: el Congreso siguiente tardará diez años en reunirse (tendrá lugar en 1917, tras la Revolución de Febrero).

En la separación y la lucha de estos años, Lenin corta por lo sano. Convoca una Conferencia socialdemócrata en Praga y en enero de 1912: son llamados y asisten solamente los leninistas. La Conferencia actúa como Congreso de la socialdemocracia rusa y designa un Comité Central. Es entonces cuando se constituye realmente el Partido Bolchevique.

En julio de 1914, el Buró de la Segunda Internacional convocó en Bruselas a los representantes de todas las fracciones de la socialdemocracia rusa, con el intento de poner fin a la división. Asistieron Plejanov, Axelrod, Martov, Rosa Luxemburgo, Trotski, etc. Lenin no asistió. Inessa Armand —ligada dudosamente a él— leyó en su nombre un largo escrito en que se pedía simplemente el reconocimiento del Partido Bolchevique como sección rusa y auténtica de la Segunda Internacional.

El resultado de la combinación entre la dictadura del proletariado y el Partido único fue prevista (Trotski), denunciada (Rosa Luxemburgo), confesada (Lenin) e historizada (N. de Basily). El resultado era sencillo: el proletariado estaría representado por el Partido; el Partido por su maquinaria organizada; ésta por un equipo dirigente, y el equipo dirigente produciría y obedecería a un dictador. Tal era, *grosso modo*, el proceso en la estimación coincidente.

Tras la Revolución de Octubre, Trotski —recientemente ingresado— coincidió por entero con Lenin. En primer lugar, imponiendo, contra notables miembros de la Vieja Guardia que propugnaban la coalición de todos los partidos revolucionarios, un Gobierno exclusivamente bolchevique. En segundo lugar, esforzándose porque el Partido fuese —según la expresión de Lenin— «la fuerza directiva y conductora» del

Estado y de la sociedad soviéticos.

Los primeros años del régimen están llenos por ese esfuerzo que no nos corresponde narrar aquí. La unión se da, por lo pronto, de manera personal y espontánea: Lenin es conductor del Partido y presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo; Sverdlov es secretario del Comité Central del Partido y presidente del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets.

Después fue un esfuerzo deliberado. El problema se abordó en el VIII Congreso del Partido (marzo de 1919). El Partido debía «guiar» y «controlar» los órganos de Gobierno, cuestión difícil de resolver sin reducir a ficción la jerarquía de los Soviets. Se procedió a la obra mediante las resoluciones necesarias: formación de un gran Estado Mayor del Partido —nueve departamentos—, que quedó a las órdenes de Krestinski, nuevo secretario del Comité Central; poderes otorgados al Partido sobre la distribución del personal, para la propia independencia económica, y en la lucha con todo localismo; supresión de todas las organizaciones autónomas aún existentes (militar, ferroviaria, de correos, etc.). «Después de eso —concluye Schapiro—, la red oficial y creciente del Partido suplantó a la de los Comités Ejecutivos de los Soviets.»

La labor de Lenin respecto al Partido culminó en una ocasión ya referida: el X Congreso (marzo de 1921), último a que en realidad asistió.

El Congreso se abrió inmediatamente de la revuelta de la flota del Báltico y de la guarnición de Kronstadt, dirigida, evidentemente, contra la dictadura del Partido. La resistencia de los campesinos al comunismo guardaba, naturalmente, la misma dirección. Y las concesiones ideadas por Lenin para conformarlos, suscitaban la viva y explicable disconformidad en notables figuras del Partido.

Lenin reaccionó en la crisis decididamente. La crisis se había producido en relación con la supremacía, el monopolio y la unidad del Partido. Lenin quería conservarlos. Para ello —según dijo— era preciso «poner fin a la oposición». De ahí las dos resoluciones que presentó el último día y la cláusula secreta de la primera, que establecía la expulsión del Partido —en realidad y según se ha dicho, la muerte civil— por obra del Comité Central y respecto a las personas o los grupos que pretendiesen la Oposición.

Esta consideración se ha hecho repetidamente. Siempre suscitó una cierta extrañeza. Pero, sin ella, será difícil de entender la historia posterior del Partido.

Bogdanov fue, entre los viejos bolcheviques, un tipo curioso. Participó en la dirección de tareas muy prácticas: las «expropiaciones» a beneficio del Partido y la escuela revolucionaria de Capri. Y a la vez fue un estudioso y escritor de filosofía. Uno de sus libros —*Empiriomonismo*, 1908— sumió a Lenin, durante un cierto tiempo, en los estudios filosóficos. Fue Bogdanov quien sintió la necesidad de crear una filosofía, una ciencia, un arte y una religión del proletariado: «una religión sin Dios», claro es.

El combate contra el Partido, por parte de los políticos occidentales, olvida la especialísima condición de aquél. Para entenderla hemos de recurrir al «dualismo» que rechazaron, desde posiciones opuestas, Hegel y Marx.

Constituido por los mejores elementos —la vanguardia— del proletariado, el Partido queda situado entre la idea y la realidad, entre la teoría y la práctica, entre la doctrina y su desarrollo y aplicación. Es el que cuida de que la primera serie no sea traicionada o desviada por la segunda. Dicho de otro modo: depositario de la verdad del marxismo, el Partido es el único órgano autorizado para su interpretación y desarrollo. Pero esa institución, que tiene el depósito de la verdad y que posee la facultad exclusiva de interpretarla, más que a una fuerza política, según nuestro entendimiento de ella, se asemeja a una iglesia, rectora de una confesión religiosa, aunque se trate —según la expresión de Kologrivov— de «una religiosidad al revés». La «línea» y «la desviación» del Partido nos extrañarán menos si pensamos en la ortodoxia y en la herejía respecto a la verdad del marxismo.

Pero, según vimos, el proceso advertido por todos producía la proyección del Partido en su máquina organizada: la de la maquinaria en el equipo dirigente; la del

equipo en el dictador. De donde, al cabo, «la línea» del Partido recibiría la denominación de «Marx-Engels-Lenin-Estalinismo». El papel del dictador, en cuanto a «la línea», suponía y exigía la unanimidad del Partido.

Trotsky, desde su incorporación al Partido, nunca discutió su autoridad, sino su organización y su funcionamiento. Le hemos visto censurar a la máquina —a la burocracia— en tanto dominaba el Partido en vez de ser un instrumento de él. Le hemos oído clamar contra la supresión de las opiniones individuales o de grupos para la adopción de las resoluciones. Y por otras cosas también: la consideración de todo el Partido, la mayor participación obrera, la relación de la Vieja Guardia con la juventud. Todo eso —y otros temas suscitados por los acontecimientos— formaba parte de «la democratización» del Partido que Trotsky propugnaba.

El tema era viejo y había sido discutido en los tiempos de la emigración. Después de la escisión definitiva de la socialdemocracia rusa, irremediable desde que Lenin constituyó en 1912 el Partido Bolchevique, Trotsky, que aún no pertenecía a él, había expuesto su opinión sobre la vida interior de una asociación socialista: «En una extensa comunidad marxista, que abarque decenas de millares de obreros, no pueden dejar de existir divergencias y desacuerdos. Todo miembro de esa comunidad ideológica tiene, no solamente el derecho, sino la obligación de defender sus puntos de vista sobre la base del programa común. Pero, de acuerdo con él, ninguno debe olvidar que se trata de diferencias en las filas fraternales... La disciplina y la cohesión combativas son inconcebibles sin una atmósfera de estima y de confianza mutuas, y el que atenta contra esos principios morales, cualesquiera sean sus intenciones, mina la existencia misma de la socialdemocracia».

En el destierro, en el último año de su vida y de cara al pasado, Trotsky consideraba como la más clara exposición del problema la hecha por Kámenev, enfrentado ya con Stalin, y hablando en nombre de la Oposición en el XV Congreso del Partido (1927): «Nosotros hemos de elegir entre dos caminos. Uno de ellos es el de un segundo Partido. Ese camino, bajo la dictadura del proletariado, es fatal para la revolución... Ese camino está cerrado para nosotros, prohibido por el sistema completo de nuestras ideas, por todas las enseñanzas de Lenin sobre la dictadura del proletariado... Queda, pues, el segundo camino. Ese camino quiere decir que nosotros nos sometemos completamente al Partido. Escogemos ese camino, porque estamos profundamente convencidos de que una correcta política leninista sólo puede ser realizada dentro de nuestro Partido, no fuera del Partido y contra él... Pero si, por añadidura, *tenemos que renunciar a nuestro propio punto de vista* (que es lo que este Congreso exige), eso *no sería bolchevique. Esta exigencia de la renuncia de las propias opiniones nunca ha sido planteada anteriormente en nuestro Partido*».

Es Trotsky quien subraya. Porque entiende que en las palabras subrayadas está la clave de la diferencia entre la disciplina del Partido entendida por Lenin y la exigida por Stalin. Por lo que hemos ido viendo en la conducta del primero, no resulta muy convincente la estimación de Trotsky. (Y, desde luego, Kámenev no logró exceptuar las propias opiniones de la sumisión al Partido. El intento de Trotsky había fracasado antes que el de Kámenev.)

Reanudemos la narración, empalmando con la ya hecha. Puesto que se trata de la relación de Trotsky con el Partido, nos bastará con volver al XIII Congreso.

Se celebró —ya lo dijimos— en la última semana del mes de mayo de 1924. Hablamos del ataque de Zinóviev: pidió que Trotsky no sólo depusiera las armas, sino que se retractase públicamente ante el Congreso. La Krupskaya cortó esa exigencia —que se planteaba por primera vez— tratándola de «psicológicamente imposible».

Trotsky —que tenía voz pero no voto— hubo de hablar. Habló con serenidad, sin la menor pretensión polémica. Hizo una terminante confesión de acatamiento al Partido: «Ninguno de nosotros quiere ni puede tener razón contra el Partido. En

definitiva, el Partido tiene siempre razón... No se puede tener razón si no es con el Partido y por el Partido, porque la historia no ha creado otros caminos para realizar sus tareas. Los ingleses tienen un refrán histórico: *Right or wrong, my Country*: con la razón o el error, es mi país. Nosotros tenemos un mayor fundamento histórico para decir: que se equivoque o tenga razón en ciertas cuestiones, parciales y concretas, sobre determinados puntos, es mi Partido... Y si el Partido toma una decisión que uno u otro de entre nosotros Considera injusta, habrá de decir: justo o injusto, es mi Partido y yo soportaré las consecuencias hasta el final».

Pero, a la vez —y contra lo que suele afirmarse—, Trotski trató de salvar la propia opinión, y procuró limitar la disciplina aceptada al campo de la acción, no al del pensamiento: «Nada sería más simple y más fácil que admitir ante el propio Partido que uno se ha equivocado... Para eso no es necesario un gran heroísmo... Nada más fácil que decir ante el Partido que todas esas críticas y todas esas declaraciones, advertencias y protestas fueron un error desde el principio al fin. Yo no puedo decir eso, camaradas, porque no lo creo así».

La Krupskaya intervino nuevamente para interrumpir el desfile de oradores que atacaban a Trotski. Y tras el discurso final de Stalin, el XIII Congreso terminó según la frase de Zinóviev: con «un ciento por ciento de unidad bolchevique».

Con otro recuerdo acabará el empalme de la narración. Este Trotski tranquilo y resignado del XIII Congreso ataca súbita y duramente a la *troika* y a toda la Vieja Guardia con motivo del aniversario de la Revolución, en las «Lecciones de Octubre» de 1924. Contra este Trotski se produce la feroz batida del otoño y el invierno de 1924, a la cual no puede oponer resistencia alguna porque todo le falla: la posibilidad de contestar en la prensa; los amigos sorprendidos y desorientados; las propias fuerzas físicas.

Partimos de ahí para lo nuevo. El Trotski que resulta de «la batida», es el sumiso por la depresión, el aislado a causa del pesimismo y del desprecio.

Sabe que Zinóviev y Kámenev propugnan su expulsión del Partido y que Stalin se contenta con eliminarlo del ejército. Trotski se adelanta y el 15 de enero de 1925 dimite todos sus puestos militares y se ofrece para cualquier tarea en que pueda ser útil. El Comité Central, que se reúne el 17 de enero, acepta la dimisión, y Trotski pierde todas las relaciones, oficiales y reales, con el ejército rojo.

Se ha discutido, una y otra vez, si Trotski pudo utilizar el ejército contra el Partido. Es verosímil que la destitución anterior de Antonov-Ovseienko se debiese a una afirmación hecha en privado, pero como comisario-jefe: la de que el ejército estaba con Trotski «como un solo hombre». Pero es evidente que Trotski nunca pensó en un golpe militar contra el Partido: porque estaba con el Partido y el horror al bonapartismo era una de sus constantes de revolucionario marxista. No es menos cierto que, al perder sus puestos militares —comisario de Guerra, presidente del Consejo Militar—, Trotski quedaba disminuido políticamente y reducido al área del Partido que sus adversarios dominaban.

Aprovechando su ofrecimiento, se le disminuyó todavía más al destinarle. En mayo de 1925 fue puesto, a las órdenes de Dzerzhinski, en el Consejo de Economía nacional. Allí se le dio la Presidencia de tres comisiones: las del Comité de Concesiones, de la oficina del Desarrollo electrónico, y de la Comisión Industrial-tecnológica. Trotski se dio por entero a aquel trabajo abrumador que no le dejaba tiempo ni fuerzas para atender a la política del Partido.

En el curso del año 1925, la sumisión de Trotski conoció su momento más penoso. Max Eastman, el trotskista americano, publicó un libro titulado *Since Lenin Died*. La información que aportaba había sido obtenida durante su ya aludida estancia en Moscú. El manuscrito inédito había sido sometido a una consulta indirecta a través de Rakovski, entonces en París. El libro contenía una narración de la lucha por la sucesión de Lenin y publicaba, entre comillas, lo sustancial del «testamento» de Vladímir Ilich.

La posición de Trotski resultó difícilísima, entre el amigo americano que había

pretendido favorecerle y la *troika* —y el Politburó— que le acusaban por aquella maniobra. Incluso «el grupo conductor de la Oposición» —según narró luego Trotski— le pidió un público pronunciamiento. El 1 de septiembre se dio a conocer la desautorización firmada por Trotski respecto al libro de Max Eastman: «todo lo dicho acerca del testamento (de Lenin), supuestamente suprimido o violado, es una maliciosa invención, y está enteramente dirigido contra la voluntad real de Lenin y contra los intereses del Partido, del cual fue fundador». Una negativa semejante se obtuvo de la Krupskaya.

Se ha escrito y repetido que Trotski consintió o colaboró en la pérdida de sus dos grandes bazas: el mando del ejército y «el testamento» de Lenin.

Lo cierto es que el Trotski de 1925 es un hombre inhibido y cerrado. Vive el trabajo abrumador del Consejo de Economía nacional. No presta atención alguna a lo que ocurre en el Partido y no sabe lo que sucede en él. El aislamiento —dijimos— está producido por el pesimismo y por el desprecio. Se cuenta —noticia muy extendida— que cuando asiste a las reuniones del Comité Central, Trotski ocupa su asiento, abre un libro y se enfrasca en su lectura, ajeno a cuanto se dice en torno a él.

Sólo una cerrazón voluntaria pudo hacer que no se enterase de lo que ocurría en los primeros meses del año 1925: ordenación de las ideas, agrupación de los hombres, juego de las fuerzas.

Tan pronto se consideró a Trotski hundido —enero de 1925—, desapareció el temor que mantuvo unida a la *troika* y las fisuras internas se agrandaron. Ahora no se trataba de intereses políticos ni de la lucha personal por el poder: todo ello había producido la *troika*. Ahora, cuando se trataban las cuestiones importantes del régimen, resultaban muy claras las disconformidades de Zinóviev y Kámenev con Stalin y el absurdo de la campaña que aquéllos desarrollaron contra Trotski.

Tan pronto Stalin, resolviendo el problema de Lenin y poniendo fin a sus vacilaciones, apuntó la tesis de «el socialismo en un solo país» con pretensiones de oficializarla, Zinóviev, marxista y primer presidente de la Tercera Internacional, le cerró el paso. El temor a la exteriorización de las discrepancias produjo, en el tema, textos confusos o ambiguos.

Pero otro tema resultaba, al mismo tiempo, más difícil de soslayar: la conducta con el campesinado. Las concesiones de la NEP (1921) eran absolutamente opuestas a la colectivización, y sólo podían ser consideradas como oportunistas y transitorias. Pero el llamamiento de Bujarin a los campesinos no parecía considerarlas así: «Enriqueceos, desarrollad vuestras granjas, no temáis el que podáis ser sometidos a restricciones».

Zinóviev era el secretario del Partido en Leningrado: una fuerza poderosa, que gozaba de cierta independencia, formada en su mayoría por proletarios, lógicamente opuestos a las concesiones de la NEP. Tanto la convicción —que expuso en un par de obras teóricas— como la solidaridad con el Partido de Leningrado, contribuyeron a la actitud radical de Zinóviev.

Ambas cuestiones —la del socialismo en un solo país y la del campesinado— fueron tratadas en la XIV Conferencia del Partido (abril de 1925). La primera produjo una resolución más de carácter ambiguo. En la segunda, Zinóviev y Stalin guardaron silencio. Bujarin y Rikov negaron —o disminuyeron— la importancia del *kulak*. No obstante, en esta Conferencia y por primera vez, pudieron percibirse las discusiones del Partido.

A esta altura (abril de 1925) la mecánica del Politburó era clara y reveladora. Formaban en él tres miembros de «la derecha» que iba tomando cuerpo: Bujarin, Rikov y Tomski. Ahora, en la cuestión del campesinado, constituían, con Stalin, una mayoría de cuatro. Zinóviev y Kámenev —aun en el caso de un acuerdo con el Trotski inhibido— quedaban en minoría.

Se reunió (octubre de 1925) el pleno del Comité Central, previo al XIV Congreso del Partido (fijado para diciembre).

Zinóviev, Kámenev, la Krupskaya y Sokolmikov presentaron una proposición: representaban la Oposición a «la desviación derechista» del Partido; pretendían recurrir a las filas contra Stalin y Bujarin, y pedían un debate abierto, es decir, la discusión que había precedido a todos los congresos.

La petición fue rechazada. Más aún, Zinóviev y Kámenev quedaron advertidos de que debían abstenerse de toda crítica pública de la política oficial, habida cuenta de la solidaridad que les obligaba como miembros del Comité Central y del Politburó.

Otra vez se llegó a un acuerdo de fachada sobre la política agraria. La resolución proclamaba dos necesidades iguales: la de atender al peligro *kulak* y la de asegurar el apoyo del campesinado.

Pero a la hora de la verdad no serían posibles las transacciones en falso.

El XIV Congreso del Partido se abrió el 18 de diciembre de 1925. Que fue la asamblea bolchevique de menor altura intelectual y moral, es cosa reconocida por todos los autores. Se desarrolló en una violencia escandalosa: sólo los delegados de Leningrado apoyaban la nueva Oposición, y la mayoría no cesó en su aplastante cometido para hacerla imposible.

La pretensión de Zinóviev —el derecho a presentar al Congreso un escrito de la minoría— fue clamorosamente rechazada en el recuerdo de la conducta pasada. Mikoyan dijo: «Cuando Zinóviev está en la mayoría, defiende la disciplina de hierro. Cuando está en la minoría, se pronuncia contra ella...»

Kámenev intentó centrar el debate en torno al Secretariado: «He llegado a la conclusión de que el camarada Stalin no puede llenar el papel de unificador del Estado Mayor Bolchevique... Nosotros estamos contra la doctrina del mando de un solo hombre, estamos contra la creación del jefe». La tormenta que le interrumpió se convirtió en una inmensa ovación a Stalin.

Y Stalin pudo hablar contestando a Kámenev, en un elogio de la dirección colectiva del Partido a que se atenía su actuación: «Es imposible dirigir el Partido de otra manera que colectivamente».

Trotsky guardó silencio. Tan aislado vivía que el enfrentamiento de Zinóviev y de Kámenev con Stalin constituyó una total sorpresa para él. Años más tarde, en el contraprocés de México, recordaría lo ocurrido: «la explosión fue absolutamente inesperada para mí. Durante el Congreso aguardé en la incertidumbre, porque la situación había cambiado enteramente. Todo aparecía absolutamente turbio para mí».

Y no obstante, desde ahora —es decir, desde el XIV Congreso— la situación se aclara, para nosotros, merced a la perspectiva histórica. Porque la Vieja Guardia se ordena y agrupa, no en una confusa lucha por el poder, ni en torno a rivalidades personales, sino en relación con los problemas del Partido y del régimen.

Se agrupa la izquierda bolchevique. En un pleno del Comité Central —abril de 1926— el informe de Rikov sobre la política económica provoca las enmiendas, paralelas y coincidentes, de Kámenev y de Trotsky. Luego, en una conversación privada —que Trotsky ha recogido en su último libro—, Zinóviev y Kámenev confiesan a León Davidovich todos los temores que sienten ante la actuación de Stalin. La posible alineación de esta nueva fuerza contaría con nombres importantes: Radek, Preobrazhenski, Rakovski, Antonov-Ovseienko, Sokolnikov, Evdokimov, Krestinski, Smirnov, Muralov, Serebriakov, Ioffe, etc. Pero los tratos se interrumpen porque Trotsky, enfermo otra vez de su fiebre inexplicable, se marcha a Berlín, donde vive la jornada del 1 de mayo de 1926.

Cuando vuelve, en junio, se reanudan los trabajos para la unión de los partidarios de Trotsky y de Zinóviev, bien difícil a causa de la hostilidad anterior. Un ataque de Stalin contra Trotsky en el Politburó acelera las gestiones para el acuerdo de la Oposición, que se constituye rápidamente.

En el pleno del Comité Central, celebrado del 14 al 23 de julio de 1926, Trotsky lee el texto en que comparece la nueva Oposición, la Oposición Conjunta o Unida. Todo es claro ahora, según dijimos. Trotsky, Zinóviev y Kámenev lamentan las pasadas

querellas y exponen el propósito común de luchar contra el «aparato» del Partido y por el funcionamiento democrático del mismo. La nueva Oposición se proclama «izquierda bolchevique», que defenderá a la clase obrera, contra la burocracia, el enriquecimiento campesino y la NEP burguesa. Propugnará la colectivización de la agricultura llevada a cabo gradualmente, una rápida industrialización, una inmediata elevación de los salarios. Se opondrá absolutamente a la tesis de la revolución en un solo país, contraria a las ideas de Marx y de Lenin, y combatirá la inteligencia del Partido con las organizaciones exteriores de la Segunda Internacional.

De la tensión producida por la exposición de Trotski, da idea un hecho comúnmente registrado. Le contesta Dzerzhinski en un largo y violento discurso, al que pone súbito fin un ataque al corazón que produce su muerte en plena reunión del Comité.

No nos interesan ahora la serie de medidas sucesivas que jalonan el contraataque de Stalin, sino el problema que la Oposición crea. La Oposición quiere ser tal, dentro del Partido. La idea de constituir otro Partido, suscitada más de una vez, es rechazada invariablemente por la nueva *troika* —Trotski, Zinóviev y Kámenev— en razón a la lealtad al Partido. Los acomodos —las «treguas»—, aunque dictados por Stalin, no conducen a nada, salvo a una transitoria humillación de la nueva *troika*.

La «vuelta a Lenin» de la Oposición es rechazada invariablemente por Stalin: fue Lenin quien excluyó toda oposición en favor de la férrea disciplina. La Oposición, fiel al Partido, no podía combatirlo desde fuera y no era permitida dentro de él. Stalin se mantenía inquebrantable en su tesis: el Partido sería monolítico o no sería bolchevique.

La ruptura violenta y definitiva de Stalin con Trotski tuvo lugar en el Politburó a fines de octubre de 1926, cuando León Davidovich acusó al secretario general de «sepulturero de la Revolución». La acusación sólo sirvió para que, días después —quizás un solo día—, el Comité Central excluyese a Trotski del Politburó.

Fue una triste historia. El recurso de la Oposición a la calle— mítines comunistas, manifestaciones populares— fracasó y en nada pudo atajar las sucesivas y tajantes eliminaciones a que procedió el Comité Central.

Todo acabó realmente en el XV Congreso del Partido (diciembre de 1927). Trotski le llamó —en sus artículos de febrero de 1929— «congreso de funcionarios de la fracción de Stalin (que) excluyó la Oposición del Partido y sancionó la aplicación contra él de la represión del Estado». En la autobiografía escribió «que sería más difícil imaginar nada más infame que la preparación del XV Congreso». Y registró el resultado: «El XV Congreso expulsó del Partido a la Oposición en conjunto (Conjunta, Unida). Los expulsados fueron puestos a disposición de la GPU».

Trotski estaba en lo cierto. Para acabar con la Oposición en el Partido, Stalin contó con dos fuerzas: la Lógica y la Checa.

REACCIÓN BURGUESA Y DICTADURA REVOLUCIONARIA

Lo que intentamos registrar son los temas —y no las causas— en torno a los cuales se da la victoria de Stalin, en tanto Trotski contribuye a ella. La aceptación del culto a Lenin y de la fe en el leninismo corresponde al campo de lo doctrinal o ideológico. La adhesión al Partido y el problema consiguiente de la disciplina son cuestiones políticas. Aún nos queda un tercer tema de carácter histórico: el de la significación —o interpretación— del curso de la Revolución soviética.

Este tercer tema es el más fácil de entender y de explicar, aunque el estudio extenso, del mismo, atendido a las obras de Trotski, produciría una buena tesis doctoral.

El error —lo que al autor de estas páginas le parece un error— es excepcional en Trotski. Porque, desde su punto de vista revolucionario, discurre, habitualmente y con gran lucidez, sobre el pasado de Rusia, el presente de Alemania y el futuro de los Estados Unidos.

El Trotski vacilante, sumido en una pasividad interrumpida por reacciones

violentas, no se explica sin una convicción que le domina durante ese tiempo: lo que ocurre en la URSS entonces, reproduce, *grosso modo* y con las variantes de tiempo y lugar, la reacción termidoriana de la Revolución francesa: se trata de un «termidor soviético».

Lo que fue el termidor francés para Trotski, no se aparta de la creencia general. La Revolución francesa siguió su curso en la dictadura de Robespierre y en el Gran Terror. Los «representantes en misión» vueltos a París —Tallien, Fouché, Barras, Fréron— temen y conspiran: mueven a los de «el pantano» en la Convención; consiguen que se vote el arresto de Robespierre y los suyos; vencen la insurrección de la Comuna de París. El 9 termidor (27 de julio de 1794) interrumpe el curso de la Revolución: el poder pasa, de la izquierda, al centro y a la derecha; produce, sencillamente, una reacción.

La primera vez que Trotski alude al termidor —aunque luego no lo recuerde— es, en 1921, con motivo de la NEP. Se explica que, entonces, le haya asaltado ese recuerdo, convertido muy pronto en una idea fija, en una obsesión.

Trotski, en su autobiografía, recuerda su conversación con Schlianski —sustituido por Frunze en el Ministerio de la Guerra— en el otoño de 1925. Trotski habló de la mediocridad de Stalin y Schlianski se asombró de que las mediocridades escalasen los primeros puestos y de que todo se hubiera puesto «bajo el caudillaje de Stalin».

Trotski le explicó el fenómeno: «Es la reacción que tenía que sobrevenir después de la gran tensión de energías sociales y psicológicas de los primeros años de la revolución. Puede que la contrarrevolución, si triunfa, produzca también sus grandes hombres. Pero la primera etapa, el momento termidoriano, necesita de mediocridades que no sepan ver más allá de sus narices».

Para Trotski —según confiesa— se le había revelado «en todo su alcance, con una claridad meridiana, casi me atrevería a decir con una certeza física, los problemas de nuestro termidor».

Es así. Trotski procede con una certeza física respecto al carácter reaccionario de la crisis que vive. Después, en el confinamiento del Alma-Ata, dudará o matizará su interpretación: la «reacción termidoriana» se relacionará con la «fase bonapartista» y quedará un tanto difuminada. Nunca será abandonada por entero: la seguirá manejando en el destierro, sometida a sucesivas revisiones. Pero durante la crisis se mueve en la certeza.

En sus artículos de recién desterrado —febrero de 1929— Trotski escribió que «la analogía histórica es un método seductor y, en consecuencia, peligroso». Opinaba, a la vez: «no es menos cierto que determinados trazos son comunes a todas las revoluciones, lo que permite el recurso a las analogías». Y en este caso no dudaba: «la victoria de Stalin es la de las tendencias más moderadas y más conservadoras triunfando de las tendencias de la revolución proletaria internacional y de las tradiciones del Partido Bolchevique»: «termidor fue la primera etapa en el camino de la reacción».

La aplicación, por Trotski, no fue oscura. Posiblemente —conforme cree Schapiro— arrancó de un problema: la Oposición, en tanto era marxista, no podía atacar la unidad del Partido, ni rebelarse contra el Estado Comunista, capitaneado por la vanguardia del proletariado. La solución de ese problema podía consistir en el paralelo con la Revolución francesa: termidor había sido la victoria de los elementos burgueses contra la corriente de la revolución y de la reforma social. En Rusia existía el peligro de que las fuerzas de termidor, «representadas por la burocracia del Partido, venciesen a la tradición revolucionaria representada por las masas». Todos los errores del régimen procedían del antagonismo entre la burocracia y el proletariado.

La convicción respecto al significado del mando de Stalin producía, en Trotski, una decisión: era preciso luchar contra él, resistirle al menos. Y a la vez, dados el régimen y el Partido, daba lugar a una gran incertidumbre sobre la lucha posible. Por eso, él y sus aliados vacilaron entre varios caminos que resultaron ineficaces: dentro

del Partido, en las reuniones comunistas, en las manifestaciones callejeras, en el recurso a la Tercera Internacional o a los leales del exterior (caso Max Eastman respecto al «testamento de Lenin»).

La misma convicción producía la creencia en la fatalidad del proceso: si temidor era una fase de la revolución, resultaba difícil de concebir la actuación que la evitase o la venciese. Trotsky —según cuenta en su *Stalin*— había oído decir a Lenin, criticando las tendencias unificadoras de determinados bolcheviques: «Pienso que es mejor permanecer solo, como (Karl) Liebknecht...» Trotsky no podía hacerse ilusiones: en los momentos de desánimo que la enfermedad producía, afirmaba en las notas privadas o en las conversaciones con los amigos —según Deutscher recuerda— que el revolucionario había de luchar cualquiera que fuese su destino: «acabar como Lenin —vivir y ver su causa triunfante— o sufrir la suerte de Liebknecht, que sirvió a su causa a través del martirio».

El estudio de las revoluciones —que ha producido excelentes obras históricas y políticas— nos deja, hoy por hoy, pocas dudas sobre el proceso revolucionario. Lo que el mundo de Stalin significó, no fue el comienzo de la reacción terrorista, sino la iniciación de una típica dictadura, revolucionaria y personal.

Vuelvo a un tema del que me he ocupado anteriormente. Hay un momento en que el terror —elemento de la revolución— pretende ser institucional y permanente. En la revolución, los hombres y los grupos pugnan, pasan, se desplazan en relación con el poder. Pero hay una situación —un hombre, un equipo— que decide interrumpir el juego, poner fin al riesgo de desplazamiento, no pasar, permanecer. Tan pronto se adueña del mando, aplica el terror a todos los disconformes; a quienes le presionan por la derecha y por la izquierda, términos convencionales pero evidentes para el que ejerce esa dictadura. Cromwell no tuvo dudas: acabó con los episcopalianos de Inglaterra y con los presbiterianos del Parlamento que consideraba situados a su derecha; y con los radicales —«niveladores» y «cavadores»— que estimaba como extremistas desviados de la verdad e igualmente condenables.

Robespierre guillotizó a los «rabiosos» de Hebert y a los «indulgentes» de Danton, que le combatían desde la izquierda y desde la derecha.

Hemos recordado de pasada —y no necesitamos más— los temas discutidos en el régimen soviético por sus más importantes figuras. El socialismo en un solo país frente a la revolución universal y permanente. El funcionamiento del Partido; esto es, la dictadura del proletariado democráticamente entendida o ejercida por la máquina, el equipo o el hombre. La nueva versión del problema entre el campo y la ciudad: la conquista del campesinado mediante el otorgamiento de una cierta libertad económica en la agricultura o la preferencia por la planificación que suponía el desarrollo de la industria y la colectivización del campo. Nos bastarían las denuncias de las «desviaciones» derechista e izquierdista —sin llegar a las condenaciones posteriores— para saber que también en el régimen soviético se había producido el viaje fenómeno.

Stalin estaba en el centro, en cuanto ocupaba el poder. Le hemos dejado, aliado con la derecha, en tanto sostenía aún la economía de la NEP. Desde 1928, en el primer plan quinquenal, practicará una política de izquierda a base de una veloz industrialización y de una radical colectivización del campo. Pero siempre que el dictador soviético se entregue de lleno a una u otra política, procurará eliminar a aquellos a quienes da la razón con su conducta.

La liquidación de las oposiciones por Stalin es lenta e implacable: reducción a una minoría impotente, eliminación de los puestos de mando, expulsiones del Partido, retractaciones, cárceles y deportaciones; la muerte, en general, como fin.

Zinóviev y Kámenev son ejecutados tras el primer proceso de Moscú: el de los dieciséis, en agosto de 1936. El segundo proceso (enero de 1937) prosigue la condenación de la izquierda: Piatakov, Sokolnikov, Serebriakov, Drobnis, Muralov... En el tercer proceso (agosto de 1938) se liquida la derecha: al frente de los procesados figuran Bujarin y Ríkov. Tomski no comparece porque se ha

suicidado.

La pregunta se ha hecho repetidamente: ¿Cuál hubiera sido la conducta de Trotski —y la de sus aliados y la de sus enemigos— en el tiempo de que nos hemos ocupado, con una percepción exacta del proceso que vivían y del posible desenlace?

ENTRE PARÉNTESIS

Hemos de registrar la extraña suerte de ese pequeño libro de Trotski en su contacto con el movimiento surrealista: de modo sencillo, esto es, sin entrar en los problemas que el surrealismo plantea, y para situar el artículo de André Bretón, que se reproduce en esta versión castellana del texto ruso del *Lenin*.

Nos sirven de guías aquellos escritores, un día adscrito al surrealismo, cualquiera que sea su actual posición hacia él.

André Masson le incluye entre las reacciones rebeldes surgidas tras la primera Gran Guerra: «Orígenes ni estéticos, ni filosóficos o religiosos... Nuestra madre fue la ira. Y la poesía en profundidad fue nuestra guía. Y a través de ella, la afición a lo irracional y a lo insólito. Es bien sabido». Maurice Blanchot subraya el carácter rebelde: «El surrealismo siempre se considera como un movimiento subversivo». En 1924, se publicó el primer Manifiesto, obra de André Bretón, guía indiscutible del movimiento, «personaje —escribe Raymond Queneau— atractivo y fascinante».

Todavía, pese a sus aspiraciones trascendentes, el surrealismo pretendía una revolución poética —literaria, artística— sin proyección política concreta. Anatole France encarnó, como hombre y como escritor, cuanto el movimiento repugnaba; y los surrealistas contribuyeron al libelo colectivo —*Un cadavre*— que se publicó en octubre de 1934, cuando murió el viejo y consagrado autor.

Henri Lefebvre, socialista sabio y ortodoxo —un tiempo surrealista—, ha escrito sobre el año 1925, como crucial en la historia del surrealismo. A lo largo de ese año, la guerra de Marruecos (reacción conjunta de España y de Francia ante la agresión de Abd-el-Krim) produce la aproximación de los surrealistas a los comunistas de la revista *Ciarte*. Ambos grupos redactan y firman el Manifiesto —«La revolución primero y siempre»— que se publica en agosto de 1925. El surrealismo ha dado un gran paso, y se mueve en una empresa política, pacifista y revolucionaria.

Marguerite Bonnet conoce muy bien lo sucedido. En el mismo mes —agosto de 1925— André Bretón pasa sus vacaciones en el mediodía de Francia. Allí le alcanza la versión francesa del pequeño libro de Trotski sobre Lenin: la lectura produce en él «una verdadera revelación». El impacto lo acusa el artículo que Bretón publica en *La Révolution surréaliste* (n.º 5, 15 de octubre de 1925): el comunismo «ha sido el instrumento gracias al cual han podido ser abatidas las murallas del viejo edificio, se ha revelado como el más maravilloso agente de sustitución de un mundo por otro...» El más importante logro del libro es éste, en el cual no pudo soñar su autor.

El proceso, iniciado en 1925, culmina en 1927, cuando se adhieren al Partido Comunista las principales figuras del surrealismo: Bretón, Eluard, Aragón, Péret...

El desconocimiento de la realidad hace, de esta aventura política surrealista, una total equivocación. Prescindimos, ahora, de que el surrealismo y no el «realismo» pregonado en la URSS— pudiese ser el arte del comunismo. El error estaba en parar, a través y por obra de Trotski, en la adhesión al comunismo soviético y a la Tercera Internacional, regidos ambos por Stalin. No cabía una desorientación mayor.

Las relaciones de ambos grupos —surrealista y comunista— fueron en Francia muy accidentadas. Para ello se hubiera bastado el progresivo descubrimiento del proceso interior soviético, basado en la suerte de Trotski. La ruptura, total y definitiva, tuvo lugar tras el Congreso internacional para la Defensa de la Cultura, celebrado en junio de 1935. En agosto, una declaración colectiva de los surrealistas denunció «el régimen actual de la Rusia soviética, y el jefe todopoderoso bajo el cual el régimen se convierte en la negación misma de lo que debía ser y de lo que ha sido».

Algo permaneció hasta el fin: la relación de Bretón con Trotski; más exactamente, la admiración del primero por el segundo: tema curioso, dados los

personajes, imposible de desarrollar aquí.

Bretón reaccionó cuando el destierro de Trotski (1929), ante su expulsión de Francia (1934) y con ocasión de los procesos de Moscú (1936 a 1938).

Se dio un último e importante encuentro. Bretón llegó a Coyoacán en febrero de 1938. Sus conversaciones con Trotski produjeron el Manifiesto «Por un arte revolucionario independiente», que firmaron el escritor francés y Diego Rivera, el pintor mexicano.

De la relación entre esos dos hombres —Breton y Trotsky— dan idea las cartas que cruzan después del encuentro. Bretón excusa la torpeza con que procedió en él, inhibido por una «admiración sin límites». Trotski le contesta: «Sus elogios me parecen tan exagerados que voy sintiéndome un poco inquieto sobre el futuro de nuestras relaciones».

Y todavía —Marguerite Bonnet nos lo cuenta—, en las exequias de la viuda de Trotski, Natalia Sedova, André Bretón tomó la palabra para reiterar su admiración al revolucionario asesinado, años antes, en Coyoacán.

DEL PROLOGUISTA PARA EL LECTOR

En el final de su cometido, el prologuista debe alguna breve explicación al lector del libro de Trotski que curioseee estas páginas preliminares de la versión castellana.

El prólogo —nadie lo sabe mejor que yo— es demasiado extenso para la obra a que se dedica. Pero la crisis que produce ese pequeño libro y el tamaño histórico del autor, no me han permitido un trato más leve.

La atención a la personalidad y a la obra de Trotski es vieja en mí y estuvo determinada por la profesión. Hube de estudiar y exponer, oralmente y por escrito, la Revolución de Octubre y la instauración del régimen soviético, cuando esta figura, máxima en ambas, era todavía un superviviente desterrado. Formé en uno de los pequeños e innumerables grupos que, en los primeros años del exilio, le visitaban para conocer de cerca al ya fabuloso personaje. La anécdota resultaría, aquí, impertinente o pretenciosa.

En la posición profesional aludida, he vivido dos preocupaciones que quiero, ahora, esbozar.

El español, cuando tuvieron lugar los procesos de la Vieja Guardia —años 1936 a 1938—, vivía la tragedia propia, y no tuvo noticia clara de tales procesos, aunque el texto taquigráfico de los mismos se editó y distribuyó en castellano.

Nada nos importan los comunistas, ortodoxos del estalinismo, que, como propagandistas, obedecían. Conocemos la reacción airada y laudable de los más importantes socialistas europeos. Sabemos que determinados literatos «de vanguardia» —ejemplo, André Bretón— llamaron las cosas por su nombre. Pero hubo una varia serie de escritores —políticos u hombres de leyes invitados como testigos, literatos de diversas naciones, «especialistas» en asuntos rusos y soviéticos— que garantizaron, públicamente, la justicia y la corrección de los procesos de Moscú. Verdad —según ellos— que los presidentes de la Internacional —como Zinóviev y Bujarin—, los que habían desempeñado la jefatura del Gobierno Soviético —como Kámenev y Rikov— y, en definitiva, los hombres de la Vieja Guardia que habían hecho la Revolución y la guerra civil, no eran otra cosa que agentes del capitalismo, espías y terroristas a las órdenes de los servicios secretos extranjeros. Las confesiones asombrosas de los procesados, no sólo parecían verdaderas, sino dignas de exigir y de obtener, en virtud de aquel «derecho al deshonor» que anunció Dostoievski.

Quienes, entre esos escritores, hayan llegado a conocer el informe de Jruschov en el XX Congreso del Partido (1956) o leído las creaciones literarias de Solzhenitsin —más convincentes que cualquier documento histórico—, han debido morir de vergüenza, «como es su obligación y nuestro deseo», según dijo un viejo republicano español de un adversario político a quien despreciaba.

Desde la misma posición profesional se siente otra preocupación creciente por el

escamoteo de la historia. Durante años y años, puede suprimirse, en un determinado país, el conocimiento serio de la existencia anterior y exterior del socialismo. A determinada altura, en la juventud estudiosa sobre todo, el socialismo, en su formulación «científica» y marxista, será objeto de un descubrimiento y de una conversión.

Para ser, y para no ser, socialista, el estudioso ha de poseer muy sólidos —o muy claros— conocimientos: de la filosofía (Hegel y Feuerbach) y de la economía política (Smith, Ricardo, Sismondi) que concurrieron, de varia manera, a la formación del socialismo científico; de la obra de Marx y de Engels en toda su hondura y complejidad, y de un campo inmenso del pensamiento y de la acción, esto es, el de las interpretaciones y las vivencias posteriores del socialismo.

Pero el escamoteo histórico produce, inexorablemente, socialistas y no socialistas sin razón: los primeros serán sencillamente antiburgueses y los segundos negativamente antisocialistas. Un político de nuestro siglo XX, al tratar de las pugnas políticas españolas, recordaba el caso de aquellos dos caballeros italianos que llegaron a batirse en la disputa sobre cuál era mejor poeta, Ludovico Ariosto o Torcuato Tasso: maltrechos ambos en el combate, hubieron de confesar, en trance de muerte, que no habían leído ni al Tasso ni al Ariosto.

Al escribir he padecido una sola y menor preocupación, de carácter personal, que confesaré también, por si alguno de los lectores del prólogo conoce al autor.

He atendido, a lo largo de muchos años, todo aquello que podía instruirme sobre la realidad soviética, empezando por las sucesivas emigraciones —de los blancos, de los escritores, de los heterodoxos— que, en oleadas sucesivas, alcanzaron la Europa Occidental. Escribí un par de modestos libros sobre temas importantes: lo que del zarismo ruso pasó al bolchevismo comunista, y el resultado del intento de crear una novela —una literatura— obediente a los principios del comunismo ortodoxo. Expuse, con intención seria y en varios centros docentes, la historia del régimen bolchevique y la tragedia de los procesos de Moscú.

Quiere ello decir que la objetividad con que he procurado escribir de Trotski no responde a esa carrera hacia la izquierda que se da, con frecuencia y abundancia, entre nosotros. Ya sé: si los desplazamientos más o menos ocultos surgiesen a la superficie, el trotskismo quedaría en el centro, porque la izquierda resultaría constituida por lo que Tardieu llamaba el «inmenso partido de los renegados».

Pero el autor del prólogo no necesita correr y renegar, porque carece de fortuna a justificar y no ha ejercido poder alguno cuya demasía haya de serle perdonada. Cavour joven, en la lengua que dominaba, escribió serenamente a su amigo Pietro di Santarosa: «Fidèle au système... j'ai vu plus d'une personne passer devant moi allant de gauche á droite et de droite á gauche».

Jesús Pabón

Tordesillas y El Viso.

Septiembre y octubre de 1971